

La obra filosófica de José Ingenieros

I

LOS PRINCIPIOS DE PSICOLOGÍA

El realismo naturalista. — Evolución y determinismo. — Ingenieros y Haeckel. — *Los enigmas del universo*. — El origen de la vida. — Las funciones psíquicas. — Ontogenia y filogenia. — La formación natural de la personalidad consciente. — El pensamiento: su función biofiláctica. — La lógica y sus crisis. — El pragmatismo. — Lógica y psicología. — La crítica de la ciencia. — Psicología y literatura.

Después de un año de fallecido Ingenieros es ya oportuno el estudio imparcial de su obra, sin el apasionamiento cordial de la amistad y sin la reticencia de los que en vida fueron sus adversarios. José Ingenieros representa, sin duda, un valor significativo dentro de nuestra cultura. Su obra múltiple y variada oscila entre el ensayo literario y la paleontología. Hombre militante, sobre todo en su juventud, ha sabido conquistar adeptos y crearse enemigos. Dentro del conjunto voluminoso de sus escritos, los que versan sobre temas filosóficos tienen singular importancia. En el presente trabajo nos proponemos analizar las publicaciones filosóficas de Ingenieros tratando de distinguir el valor de cada una de ellas, su posible originalidad, y su mérito didáctico, que quizá sea el mayor.

Su psicología, que con el título de *Principios* halló forma definitiva en la sexta edición, es a nuestro juicio el mejor libro de Ingenieros. Excelente en su género, los reparos fundamentales que se le puede hacer, derivan de la índole de ese género mismo. Así es en efecto. La frecuente superficialidad y el espíritu dogmático de los *Principios de psicología* proceden de los autores, a menudo contradictorios entre sí, en que Ingenieros se inspira. Su mérito propio consiste en la buena sistematización y en la claridad de su prosa. Revela la obra que comentamos a un estudioso y no a un pensador. Y revela, al mismo tiempo, a un maestro, en el sentido estricto del vocablo, a un profesor que enseña lo que ha aprendido. Nunca asoma en sus centenares de páginas la menor confidencia de una aguda reflexión personal. Ingenieros leía mucho y escribía demasiado para que tuviese tiempo de meditar. Da por resueltos los difíciles, y acaso insolubles, problemas que aborda. Si esta es una manera cómoda de quedar bien con la propia conciencia, resulta en cambio de efecto pernicioso para el espíritu poco crítico de muchos de sus lectores jóvenes. Al quitarles la duda les evita el reflexionar. En tal sentido los *Principios de psicología* adolecen del mismo mal que *Los enigmas del universo* de Ernesto Haeckel, con quien Ingenieros tiene un cercano parentesco, como lo veremos luego. Nuestro autor define el carácter de su obra en los términos siguientes:

« Este volumen es una *introducción al estudio de la psicología* y no un *tratado de filosofía*. » (En verdad más que de una introducción se trata de una síntesis de la psicología a la manera en que él la entiende.)

« Al enunciar nuestra posición, frente a ciertos problemas filosóficos que exceden los dominios de la psicología, sólo queremos evidenciar que las conclusiones particulares corresponden a un sistema general de filosofía, que no podemos exponer aquí. »

« Sus antecedentes podrían remontarse a Bacon, Locke y Spencer, en Inglaterra; a Helvetius, Comte y Taine, en Francia; a Bruno y Ardigó, en Italia, para acercarse a la actual corriente empírico

naturalista de Alemania, representada, de muy diversas maneras, por Avenarius, Mach, Dühring. Haeckel y Ostwald » (1).

Dejando de lado, por el momento, la oposición inconciliable de algunos de los autores que Ingenieros menciona, hagamos notar una contradicción flagrante en que incurre. En la nota antes transcrita dice a continuación « parécenos que el nuevo *realismo naturalista*, al que adhiere, después de esbozarse en Ardigó y Mach, desde puntos de vista muy diversos comienza a definirse en la corriente de filósofos naturalistas, cuya expresión más definida encontramos en Ostwald. Necesita ser completado. »

Si se coteja estos párrafos con lo que Ingenieros dice del « monismo de Haeckel », y de « las divagaciones *seudofilosóficas* de hombres de ciencia como Poincaré y Ostwald... » en *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (2), se recoge la impresión de que nuestro autor al escribir un libro olvidaba lo que había dicho en el anterior. Sólo así se explica que Ingenieros exponga en la edición « revisada » de su psicología (1919) apreciaciones tan contradictorias con las que contienen *las proposiciones* de 1918. Señalamos de entrada esta inconsecuencia que, juntamente con las otras que vayamos indicando, revela el espíritu vacilante de quien incurre en ellas, a pesar de la seguridad aparente del tono en que escribe.

De todos los escritores cuyas ideas son materia prima de los *Principios de psicología*, hay que mencionar en primer término a Haeckel. La analogía entre la psicología de Ingenieros y *Los enigmas del universo* no es tan sólo de fondo, puesto que la estructura formal de ambos libros es en buena parte similar. El pensamiento común a los dos se formula en el *evolucionismo determinista*. Su contenido doctrinario puede resumirse en las siguientes proposiciones: El universo, sin excluir ningún aspecto de la realidad, es un proceso en transformación continua. Esa

(1) JOSÉ INGENIEROS, *Principios de psicología*, 6ª edición, página 323.

(2) JOSÉ INGENIEROS, *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, páginas 15 y 16.

transformación se efectúa mecánicamente de acuerdo a leyes propias de la materia y de la energía, que son investigadas y establecidas por las ciencias fisicoquímicas.

Los seres vivientes no constituyen, en lo esencial, una excepción a lo anteriormente dicho. Los fenómenos llamados vitales son un caso particular y complejo del mundo físico. La vida tuvo su remoto origen en transformaciones operadas, en circunstancias propicias, dentro de la materia inorgánica. La conservación del individuo y de la especie son los dos móviles de todas las funciones de los seres vivientes, y las actividades psíquicas son parte integrante de ese funcionamiento de los organismos. La conciencia, etapa culminante de la actividad psicológica, se ha originado de modo natural, no siendo los fenómenos conscientes otra cosa que el último eslabón de un desarrollo cuyas etapas previas pueden señalarse.

Si se analiza con cierto detenimiento estas proposiciones, al parecer congruentes, se advierte en ellas una transición brusca que denuncia su falacia lógica. Afírmase en un comienzo que el Universo todo, que toda la realidad, es un proceso mecánico, y luego surge la vida cuya actividad múltiple responde al doble propósito de la conservación individual y específica. Lo que al principio era puro determinismo, resulta después funcionalismo teleológico. La causalidad ha venido a producir así, de modo natural, el monstruoso engendro de la finalidad.

Para disimular las dificultades obstétricas de parto tan pasmoso, no bastan las huecas fórmulas verbales de que se sirven el doctor Ingenieros y su maestro Haeckel. Con hablar de «diversas especies de materia» y de su «continuidad funcional», no se resuelve en términos satisfactorios el problema de la naturaleza y del origen de la vida. A no ser que, generosamente, consideremos como solución la frase con que aclara el enigma el autor de un libro sobre el lenguaje interior quien, conmovido y muy seriamente nos asegura que la vida es «trofo-esto-kinesia». Este tríptico griego no es menos elocuente que la fórmula constituida de una O entre dos X, en que Ingenieros nos da el «esquema

de la energética biológica » (1). Dejemos de lado este asunto que demuestra el método « científico » de nuestro autor. Veamos cómo se encara con el problema central de la psicología: la conciencia.

En el capítulo VI de su libro hallamos el misterio descifrado. El adjetivo que deriva del vocablo *conciencia* ofrece a Ingenieros la clave que resuelve la cuestión. Afirma categóricamente que « no existe ninguna realidad a la que pueda llamarse conciencia » (2) y nos asegura que la filogenia y la ontogenia psíquicas conducen a « la formación natural de la personalidad consciente ». Haeckel habla también en el capítulo X de *Los enigmas del Universo* acerca de la *ontogenia* y la *filogenia natural de la conciencia*, pero añade que a pesar de esa filogenia « nous ne sommes malheureusement pas en état, néanmoins, de la pour suivre fort avant ni edifier sur elle des hypothèses précises » (3). Es que al maestro no se le ocurrió el recurso gramatical, tan eficazmente empleado por el discípulo, acaso porque en alemán habría resultado superfluo, redundante, el agregarle a *Persönlichkeit* el adjetivo *bewuste*. Pero en cambio Haeckel es más explícito en lo que se refiere a la *mecánica teleológica*, explicada por « la autoformación funcional de la estructura conforme a un fin » (4).

La aparición de la vida, tan sencillamente explicada por Ingenieros, y la aparición de la conciencia, descrita con no menos sencillez, podría, sin embargo, conducir al lector a formular una objeción previa. Es el hombre, ser vivo y consciente, quien investiga y piensa acerca del Universo. Lo primero que habría que determinar es el valor y el alcance de las aptitudes cognoscitivas humanas: ¿Hasta dónde llega la acción de nuestra mente y qué valor tienen sus conclusiones? Este problema que no es rigurosamente psicológico es, sin embargo, tema de las primeras páginas del

(1) JOSÉ INGENIEROS, *Principios de psicología*, 6ª edición, página 73.

(2) *Principios*, página 219.

(3) ERNEST HAECKEL, *Les énigmes de l'Univers* traducido del alemán por Camille Bas, página, 21.

(4) E. HAECKEL, *op. cit.*, página 302.

libro de Ingenieros. Allí, en la introducción, y con el título de *Ciencia y filosofía*, el autor expone su teoría del conocimiento: «La formación natural de la experiencia, implicada en el proceso de adaptación de todo ser vivo a su medio, condiciona la función de conocer, cuyo resultado se llama *conocimiento*.» «Las formas superiores de nuestra lógica real son resultados naturales de las condiciones de adaptación de las especies humanas; son manifestaciones complejas de la *función biológica de pensar*» (1). La actividad intelectual es, de tal modo, para el doctor Ingenieros una función «compleja» que se verifica de acuerdo a las necesidades vitales del hombre. En esta concepción pragmática de la inteligencia, coincide el autor de los *Principios de psicología*, entre otros, con Mach y Bergson, tan diversos por el conjunto de su obra. Natural resulta su coincidencia con el primero de los nombrados, ya que el mismo Ingenieros reconoce su afinidad espiritual con el autor de *Análisis de las sensaciones*. Pero ha de resultarle ingrata a su memoria esa analogía tímidamente confesada, con el gran filósofo francés, a quien trata con desdén olímpico.

En *L'évolution créatrice* estudia Bergson la «función natural de la inteligencia». Analiza su mecanismo con una agudeza que no siempre saben tener sus adversarios, y menos aun sus detractores. Después de establecer las relaciones, o mejor dicho la diferencia, entre instinto e inteligencia, dice: «Au contraire nous tenons l'intelligence humaine pour relative aux nécessités de l'action. Posez l'action, la forme même de l'intelligence s'en déduit» (2). Ingenieros, por su parte, afirma al hablar del conocimiento, que «las formas superiores de nuestra lógica son resultados naturales de las condiciones de adaptación de la especie humana; son manifestaciones complejas de la *función biológica de pensar*». «El conocimiento de la realidad, siendo un resultado natural de la experiencia, responde a condiciones necesarias

(1) JOSÉ INGENIEROS, *Principios de psicología*, 6ª edición, página 14.

(2) H. BERGSON, *L'évolution créatrice*, página 165.

para la vida misma de los seres vivos que lo adquieren; es útil a la conservación de las especies, de las sociedades y de los individuos»; para la «lucha por la vida».

Se advierte fácilmente por lo transcripto, la similitud entre lo que piensa Bergson y lo que dice Ingenieros. Desde luego la lectura de las páginas de uno y otro autor en que están incluidos los párrafos arriba citados denuncia la penetración, la estupenda aptitud de análisis de Bergson y la frívola medianía de Ingenieros, amén de la diferencia de estilo.

Por diversos motivos subrayamos esa coincidencia entre Ingenieros y Bergson, en la apreciación de la actividad intelectual, tan frecuente, por cierto, a fines del siglo XIX y a comienzos del actual. El mismo Croce, a quien Ingenieros califica de «crítico literario», celebra esta «nueva gnoseología de las ciencias». Al estudiar la historia de las doctrinas lógicas se ocupa de la teoría económica del concepto científico. Alude en especial a Mach y Avenarius, cuyo empirio-criticismo es una de tantas manifestaciones de una orientación que «no ha tenido un centro único de difusión, sino que ha surgido, casi contemporáneamente, en muchas partes». Y en cuanto a Bergson, dice Croce, que «considera, no diversamente de Mach, los conceptos de las ciencias naturales como *símbolos* y etiquetas». Para el autor de la *Logica*, este modo de pensar del filósofo francés, además de sus múltiples aplicaciones en el análisis del tiempo, del espacio, de la evolución, ha servido para despertar, por primera vez en Francia, «la viva conciencia de la intuición que siempre le ha faltado».

Bergson admite que la función de la inteligencia es la de conocer la realidad en la medida y en la forma que lo requieren los intereses prácticos. Dicho conocimiento, por los conceptos que lo integran, fragmenta la realidad al esquematizarla, y no llega nunca a la esencia íntima de las cosas. A la intuición le está reservado el penetrar en lo hondo de la realidad, convirtiéndose así en método filosófico por excelencia.

Para el doctor Ingenieros la experiencia empírica organizada

por la ciencia, no agota tampoco la realidad. Ese conocimiento «exiguo» es completado y combinado «de infinitas maneras mediante la imaginación constructiva o creadora». No mezquina el doctor Ingenieros severidad en su crítica al intuicionismo, que substituye por el *imaginismo*. †

Para él, la imaginación es el sucedáneo de la intuición de Bergson. Pero no se crea que hay la menor afinidad entre ambas. La imaginación de Ingenieros imagina sus hipótesis partiendo de la investigación hecha por las ciencias. Para evitar equívocos, afirma que *todo sistema de filosofía científica será una Metafísica de la Experiencia* (1). En realidad, es la tesis de Wundt, quien en *Los fundamentos de metafísica basados en las ciencias positivas* (el peor de sus libros), dice más o menos lo mismo, aunque incurre en la herejía de hablar de «filosofía del espíritu» en la última parte del segundo tomo de esa obra. La existencia de una «filosofía del espíritu», implica la de varias, o por lo menos, la de una ciencia homónima. El doctor Ingenieros, a su vez, no incurre en semejante *error*. «La distinción, dice, que aun mantienen muchos filósofos entre *ciencias de la naturaleza* (*Naturwissenschaft*) y *ciencias del espíritu* (*Kulturwissenschaft*), solamente podría mantenerse admitiendo que el «espíritu» humano es una entidad ajena a la «naturaleza» (2). Por supuesto, el doctor Ingenieros no lo cree y por eso entiende que «la filosofía del porvenir se orientará hacia una *concepción fundada en las ciencias naturales*» (3).

De todos modos, Ingenieros no nos dice ni con qué fundamento, ni de acuerdo a qué normas la «imaginación» establece la metafísica, partiendo de las ciencias. En esta materia procede como todos aquellos que extraen de la ciencia la metafísica que

(1) JOSÉ INGENIEROS, *Principios*, pág. 39.

(2) El doctor Ingenieros traduce *Kulturwissenschaft* por ciencia del espíritu. La versión fiel sería ciencia de la cultura, y precisamente quien más ha recomendado esta nomenclatura es Rickert, combatiendo la expresión ciencias del espíritu, en su tentativa de hacer un estudio objetivo de los valores.

(3) INGENIEROS, *Principios*, pág. 323.

previamente introdujeron en ella. Es porque no hay ciencia sin ontología. Quien mejor lo ha establecido es Meyerson en *Identité et Réalité*. La ciencia necesita, cuando menos, el postulado metafísico de la legalidad; postulado metafísico, porque a la vez de ser condición de la experiencia, la excede.

Precisamente, Mach advirtió el fondo metafísico de los conceptos de causalidad y legalidad. Para hacer una ciencia sin metafísica, recomienda en *La connaissance et l'erreur*, que la investigación científica abandone la noción de causa y la sustituya por la de « función ». En el mismo libro señala la ausencia de valor objetivo en las leyes científicas. Consecuente con Hume, de quien deriva su teoría del conocimiento, establece el valor precario de conceptos, cuya trascendencia, fuera del dominio empírico, no podría aceptar. Mach había leído y entendido a Kant. Dijimos que muchos de los errores de Ingenieros proceden de algunos de los autores en que se inspira, y que muchas de las contradicciones en que incurre, fluyen de su pensamiento opuesto. El mejor ejemplo lo constituyen Haeckel y Mach.

El autor de *Los enigmas del universo* construye todo su sistema sobre la que él llama « la ley de la substancia ». Es metafísico, se desespera continuamente por demostrar su vinculación espiritual con Spinoza. Mach, por el contrario, titula « preliminares antimetafísicos » el primer capítulo de *Análisis de las sensaciones*. Y en todos sus libros se empeña en desterrar las nociones de causa, ley, substancia, superfluas y hasta nocivas para la misma ciencia. En cuanto a las relaciones entre ciencia y filosofía, la actitud de ambos autores es radicalmente distinta. Haeckel toma como punto de partida el hecho, para él irrecusable, de la sensación. De allí desenvuelve su pensamiento a través de las distintas ciencias, la psicológica inclusive, hasta llegar a su filosofía monista. La psicología, por ejemplo, es para él una disciplina que aplica en sus teorías las conclusiones de la física.

Para Mach, el hecho inmediato de la sensación es asunto que requiere una indagación previa. Es antimetafísico y no aplica al estudio de la psicología las leyes de la física. Por el contrario, el aná-

lisis del acto primario de la sensación, es previo al estudio de la física misma. Niega todo sentido objetivo al concepto de substancia, y no le cuesta ningún esfuerzo, dentro de su sistema, identificar el orden físico con el biológico y el psíquico; le basta para ello con anular los términos en juego para convertirlos en igualdad. El último párrafo de su trabajo *Sinnliche Elemente und naturwissenschaftliche Begriffe*, sintetiza magistralmente su pensamiento en lo que se refiere a la relación de prioridad entre la psicología y la física. Concluye dicho párrafo con esta frase: « Mucho ha ganado la fisiología desde que E. Hering sometió a investigación los elementos sensoriales. Y, así, espero que por una más adecuada consideración de esos elementos, ganará algo la física también » (1).

De esto se infiere que para Mach la investigación psíquica precede en realidad a la investigación física, como que ésta ha de utilizar los datos obtenidos por aquella.

Mach no abandona nunca el punto de vista crítico: al extremarlo llega al nihilismo.

Tres maneras fundamentales y distintas entre sí, son posibles de encarar la relación entre ciencia y filosofía. Para algunos, ciencia y filosofía son una misma cosa, especialmente tratándose de las ciencias fisicomatemáticas. Esta es la posición de la escuela de Marburgo, sobre todo de su jefe Hermann Cohen, entre los contemporáneos. Para otros, filosofía y ciencia son dominios distintos del saber humano; la única relación entre ambas, consiste en que el problema del valor de la ciencia es asunto estudiado por la filosofía, en su rama gnoseológica. Para otros, en fin, la filosofía tiene a su cargo la generalización máxima de las leyes más extensas que establecen las distintas ciencias. Esta es, en lo esencial, la posición del doctor Ingenieros, posición que tuvo en el siglo XIX su mejor exponente en Spencer, aunque con alguna reserva en lo que se refiere a lo incognoscible.

Para el doctor Ingenieros, la filosofía tiene a su cargo el hacer

(1) ERNEST MACH. *Die Leitgedanken meiner naturwissenschaftlicher Erkenntnislehre*, página 31.

convergir, en principios universales, las conclusiones más generales de la ciencia. Dos observaciones se le puede señalar: la primera desde fuera de su posición, y la segunda dentro de su posición misma. El autor de los *Principios de psicología* no establece, ni discute, desde luego, los principios básicos en que se funda la ciencia. Además, las disciplinas científicas que le sirven de punto de partida para sus generalizaciones, son las menos precisas y las peor constituidas: biología, psicología y sociología.

Esto que acabamos de decir es aplicable solamente a la obra que comentamos, sino también a otros escritos filosóficos de Ingenieros, como lo veremos más tarde.

Tres principios deja establecidos el doctor Ingenieros antes de entrar de lleno en la consideración de los asuntos más estrictamente relacionados con la psicología. Esos principios son: el origen natural, físicoquímico, de la vida; la función biológica de la actividad psíquica; el parentesco, la similitud funcional y orgánica entre el hombre y las especies zoológicas superiores, con las consecuencias inherentes a los mecanismos psicológicos. Para esto último, el autor de los *Principios de psicología* alude a conclusiones de la anatomía y la fisiología comparadas. La morfogenia y la fisiogenia de los órganos del psiquismo le permiten, a su juicio, dejar sentada la continuidad de los procesos de la vida de relación. En cuanto al problema de la conciencia, ya vimos cómo lo resuelve. La materia orgánica perfecciona, a través de la evolución, los medios de adaptación al ambiente, y las funciones « conscientes » son resultado de este perfeccionamiento.

Es de lamentar que en un libro de psicología científica como el que comentamos, sólo aparezcan nociones generales, sin especificación concreta, positiva, de los hechos y de las cosas, según podría esperarse en obra de tal índole. Le queda, eso sí, al doctor Ingenieros el resguardo de que tan sólo se trata de una « introducción » a la psicología, lo que, ciertamente, no se podría presumir por los sucesivos títulos de la obra.

Si en el dominio de la psicología individual es muy reducido el material de datos concretos, efectivos, que el doctor Ingenieros

emplea, no puede negarse que su obra es un excelente resumen de las generalidades más concluyentes de la de muchos autores que se ocuparon del tema; sólo es de lamentar la ausencia de espíritu crítico en la selección y en el análisis, por lo demás muy escaso, con que las acoge. No ocurre lo mismo en el dominio de la psicología colectiva, o «sociopsicología» como la llaman los autores franceses. En este punto, Ingenieros nos dice que los fenómenos psíquicos sociales tienen, como los del individuo, una función biofiláctica. Y nos dice también que la sociología es una ciencia *biológica* precisa, que podría desentrañar las leyes de la evolución social. El doctor Ingenieros habla de las problemáticas leyes de la sociología con envidiable don profético. Su curioso optimismo respecto de esta *ciencia*, acerca de cuyo objeto están en desacuerdo los autores, está fundado en la fe, más que en la realidad. En cuanto a la psicología colectiva sus ideas se reducen a vagas alusiones a Wundt y Levy Bruhl, no obstante tratarse de cuestión tan interesante.

De todos los problemas de la psicología, el que se refiere al pensamiento es de los que más han logrado la atención de Ingenieros.

En el capítulo VII (1) trata de «la formación natural de la función de pensar». Ocupase allí de la lógica y de su evolución. Dice también cuál será la lógica del porvenir. En esto, la lógica futura, a la que intenta dar base, revelaría en Ingenieros al vidente de la filosofía del porvenir, cuyas *proposiciones* fundamentales presentó a la Academia de filosofía y letras en 1918.

Lo cierto es que tanto las consideraciones que Ingenieros hace sobre la lógica del pasado, como su previsión, en el citado capítulo, de la lógica que según él se estudiará en el futuro, en nada difieren de lo que se llama *psicologismo*.

El debate entre las dos grandes tendencias que se disputan el predominio en los estudios de la lógica es rico en argumentos de parte de ambos bandos. El psicologismo sostiene que la lógica

(1) JOSÉ INGENIEROS, *Principios*, página 249.

no es más que un capítulo de la psicología, y el logicismo afirma la autonomía de la ciencia lógica. El primero encara el pensamiento como un proceso que se opera en una mente individual o colectiva; el segundo estudia ese mismo pensamiento como un hecho objetivo. El psicologismo encara el pensamiento como mera función biológica; en cambio la lógica estudia las normas que lo rigen.

En el mismo capítulo, el doctor Ingenieros hubiera tenido oportunidad de indagar los principios rectores del trabajo intelectual, a través de la investigación y la exposición de la ciencia. Es lo que han hecho autores como Mach, Brunschwig, Meyerson y Duhem, llegando a conclusiones divergentes, pero, eso sí, haciendo la única lógica concreta posible, al analizar las modalidades del pensamiento tal como se manifiesta en la producción científica. Decir, como lo hace Ingenieros, que no existe una función intelectual desvinculada de la afectiva y de la volitiva, está muy bien, pero éste no es el asunto en juego. El mismo Ingenieros no nos diría, con toda seguridad, que la ley de la gravitación de Newton o que la teoría de Einstein encierran elementos extra-intelectuales. Lo cierto es que Ingenieros desconocía el movimiento epistemológico, los estudios de historia y crítica de la ciencia. Son precisamente los epistemólogos los verdaderos filósofos de la ciencia, porque añaden a su labor científica la perspicacia crítica y el sentido filosófico, ausentes en la obra de los *filósofos* del científicismo.

En cuanto a la significación que el mismo Ingenieros atribuyó a su psicología, es sintomático el hecho de que en otros trabajos ni se haya acordado de sus principios. Ha buscado en obras literarias material psicológico para sus ensayos sobre *Werther* y *Don Juan*, sobre la *Psicología de los celos* y todos los que constituyen la *Psicopatología en el arte*.

Trató de hallar en la vida y en el arte lo que no le podía ofrecer el método de su psicología. Actitud nada extraña en quien tenía suficiente sensibilidad y cultura literaria para desbordar los esquemáticos principios.

II

LA FILOSOFÍA DEL PORVENIR

Los *Principios de psicología* y las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*. — La hipocresía de los filósofos. — Dogmatismo y escepticismo. — Lo experiencial y lo in experiencial. — Las hipótesis científicas y las hipótesis metafísicas. — La lógica futura y la lógica clásica. — Ciencias naturales y ciencias psicológicas. — Hipótesis e ideales. — Monismo y dualismo.

En la nota puesta al pie de la página inicial del capítulo IX de los *Principios de psicología* que hemos transcrita al comienzo de este trabajo, dice Ingenieros, y es oportuno el recordarlo, « parécenos que el nuevo realismo naturalista después de esbozarse en Ardigó y Mach, desde puntos de vista muy diversos, comienza a definirse en la corriente de filósofos naturalistas, cuya expresión más definida encontramos en Ostwald. Necesita ser completado ». Deliberadamente hemos vuelto a referirnos a estas palabras de Ingenieros. Ellas señalan la imprecisión reiterada con que encara el *realismo naturalista*, a la vez que, al afirmar la necesidad de que sea completado, anuncia ya el propósito de establecer las bases de la filosofía futura. Es lo que hace en las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*.

Antes de comenzar el análisis de esas proposiciones señalemos aquella imprecisión, propia, a la vez, del comentarista de la filosofía actual y del profeta de la futura. Mach y Ostwald sólo pueden ser ubicados dentro de una línea de pensamiento común, si se les califica vagamente con el epíteto de *naturalistas*. Ambos autores proceden efectivamente de las ciencias físiconaturales.

Pero mientras Ostwald construye una metafísica al afirmar una realidad fuera del conocimiento humano, Mach niega la metafísica. Ambos reconocen el carácter pragmático del conocimiento suministrado por las ciencias. Ostwald lo olvida y afirma que la energía es el principio esencial de todo lo que existe. Más consecuente, Mach niega la existencia de cualquier realidad *objetiva*. La sensación es para Ostwald, tal como la define en *La energía*, un cambio energético; para Mach, a su vez, la sensación es toda la realidad para quien la experimenta. En resumen, el energetismo de Ostwald es un materialismo « metamorfoseado ». Si se hubiera de dar colocación a las ideas de Mach dentro de alguna escuela, habría que ubicarlo entre el escepticismo y la filosofía de la inmanencia. Es escéptico en cuanto afirma el carácter pragmático del conocimiento, negándole todo otro valor que no sea el de su utilidad, y su inclusión en la *filosofía de la inmanencia* se justificaría por el hecho de que para Mach no existe ninguna realidad fuera de la experiencia. Las líneas que transcribimos a continuación, sacadas de *La mecánica*, revelan el pensamiento de su autor frente a algunas nociones de la ciencias físicas.

« Las ideas de la invariabilidad de la cantidad de materia, de la constancia de la suma de las cantidades de movimiento, de la indestructibilidad del trabajo o de la energía, que gobiernan hoy toda la ciencia física, deben su nacimiento a la influencia de concepciones teológicas. Ellas tienen su origen en la proposición expresada por Descartes en sus *Principes de la Philosophie*, que ya hemos recordado, según el cual la cantidad de materia y la cantidad de movimiento creados en el origen son invariables, porque solamente su inmutabilidad puede concordar con la estabilidad del creador del universo » (1). A continuación señala Mach las transformaciones sufridas por las anteriores ideas hasta llegar al que hoy se llama « principio de la conservación de la energía », cuyo fondo teológico fué extinguiéndose muy lentamente; « más aún, dice Mach, no se puede negar que a propósito de esa ley se

(1) E. MACH, *La Mécanique*, traducción Bertrand, página 427.

dejan llevar actualmente todavía muchos sabios a un misticismo de género especial ».

En este tono, y con semejante descreimiento, trata Mach la ley tan importante de la conservación de la energía, y se explica que lo haga así, dada la orientación general de su pensamiento. Anti-substancialista, la *energía* no es para él otra cosa que un concepto, cuya razón de ser se debe a diversos motivos; en ningún momento hace Mach del concepto de energía una realidad. Y ese concepto mismo le parece inútil, ya que substituye la noción física de la causalidad (no otra cosa es la idea de *energía*) por la noción matemática de *función*. Mach es por muchos conceptos el más alto representante del positivismo germánico; positivista consecuente, desarrolla la doctrina hasta sus últimas conclusiones. Repite, de este modo, con el aporte de datos nuevos, el proceso total del empirismo inglés. Diríase que en su obra Bacon razona a punto de llegar a las conclusiones de Hume. Es un Hume contemporáneo. Tiene con su ilustre predecesor inglés, entre otras, la similitud que deriva del hecho de no poderse calificar su doctrina con un vocablo definitivo. Ello se debe a la inevitable paradoja de que, partiendo del dato empírico, niega el hecho, la cosa, fuera de la sensación.

Ostwald, por el contrario, hace metafísica y la hace partiendo de las distintas ciencias. No conforme con la descripción de los hechos, los explica. Y esa explicación la halla en el principio de la *energía*, válido por igual para todos los fenómenos, desde el orden físico hasta los hechos de la civilización. El pensamiento mismo tiene su clave en esa concepción fácil puesto que « no hay dificultad de comprenderlo energéticamente ya que el trabajo del pensamiento está evidentemente ligado a una consumación de energía y a la fatiga, como el trabajo físico » (1). Con estas líneas el profesor de la Universidad de Leipzig se subleva contra « la influencia de una concepción falsa venida de Platón, que estable-

(1) W. OSTWALD., *Esquisse d'une philosophie des sciences*, edición Alcan, página 175.

ce una distinción fundamental entre la vida mental y la vida física ».

Hemos hecho este comentario un poco extenso sobre Mach y Ostwald, porque Ingenieros en sus *proposiciones* vez a vez está con uno y otro, aunque más con el segundo. A ratos es escéptico, de acuerdo a Mach, y a renglón seguido hace el esbozo de la metafísica futura, de acuerdo a la filosofía de las ciencias de Ostwald. Incurre en contradicciones, que si fuesen cometidas por otro, le habrían permitido hablar una vez más de « la hipocresía de los filósofos ». Deplorable estribillo ese de la *hipocresía*, que revela injusticia e ingratitud, ya que muchos de los hipócritas proporcionan al doctor Ingenieros abundante material para las bases de la metafísica del siglo XXI.

En un comentario bibliográfico, escrito con la sagacidad y el talento que le son característicos, dice Alejandro Korn (1), con amabilidad, que la insistente alusión a la hipocresía de los filósofos constituye la parte *amena* de las *Proposiciones* de Ingenieros.

Antes de establecer las premisas de la metafísica futura. Ingenieros arremete contra los filósofos habidos. Hipócritas fueron todos, por obsecuencia con el medio en que vivían. Las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* son de una sinceridad incontestable. No puede haber en ellas complacencias para con el medio actual, por la sencilla razón de que están destinadas a los *metánthropos* del siglo XXI y tampoco puede sospechárselas, por motivos obvios, de complicidad con los prejuicios de la humanidad de ese siglo. Nuestro autor ha logrado escapar de este modo a las ataduras de cualquier índole. Al trasladar en el porvenir sus ideas actuales se ha puesto a cubierto de toda debilidad humana. El doctor Ingenieros ha tomado las precauciones necesarias para asegurar su sinceridad. No tiene a quien decir lo que no piensa, ni ante quien callar sus opiniones.

Para el doctor Ingenieros el conocimiento, el metafísico inclusive, es producto de la experiencia y del medio. Una pequeña difi-

(1) *Atenea*, año II, volumen II, página 43, La Plata, 1919.

cultad nos impide, modestos mortales, confiar en la posibilidad de juzgar la filosofía del siglo XXI dentro de su ambiente propio. El mismo Ingenieros al presentar sus ideas ante la *docta corporación* admite tácitamente que lo juzguen sus contemporáneos, y hasta confía en que dentro de un siglo algún nuevo académico se refiera con «benévola ironía» a sus pronósticos sobre la filosofía del porvenir. Lo dice en su trabajo después de afirmar que «los hombres de cada generación somos eslabones de una serie infinita; cumplimos nuestra función si aprovechamos el esfuerzo de la precedente y si contribuimos a preparar el trabajo de las que vendrán» (1).

Veamos cómo aprovechó Ingenieros el esfuerzo de las generaciones precedentes; acaso podamos inferir de allí el valor de su aporte para las que vendrán.

Con esta autorización que, en cierto modo, acuerda a cualquiera de sus lectores, estudiemos sus *Proposiciones*.

Después de establecer la invalidez de todos los sistemas filosóficos, inclusive los más modernos y aun los de aquellos autores que en los *Principios de psicología* menciona y hasta sigue con fidelidad, el doctor Ingenieros condena a los autores de todos esos sistemas en virtud de la hipocresía de que padecieron. Afirma que considera «incomprensibles las doctrinas de los filósofos si se ignora la historia política y religiosa de la sociedad en que vivieron» (2). Sin determinar las condiciones sociales, políticas y religiosas del futuro, Ingenieros establece las bases de esa metafísica lejana, después de estudiar las diversas formas de servilismo de los filósofos para con los prejuicios del ambiente en que vivieron.

En el segundo capítulo, el doctor Ingenieros sigue haciendo historia. Estudia «la crisis de la filosofía en el siglo XIX». Señala, a grandes rasgos, las sucesivas adaptaciones de las ideas filosóficas a los cambios y a los intereses de la política y de paso nos advierte que concibe para el porvenir «la posibilidad de otros regí-

(1) JOSÉ INGENIEROS, *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, página 129, 1918.

(2) *Proposiciones*, páginas 17-18.

menes que se asienten en los resultados incesantemente renovables de la experiencia social, independiente de las nuevas hipótesis metafísicas que puedan formularse para explicar los problemas inexperienciales » (1).

Como se ve, hay ya una radical diferencia entre la metafísica habida y la que habrá; mientras la primera ha sido consecuencia y ha estado en estrecha relación con el régimen y los prejuicios sociales, la segunda se desenvolverá con prescindencia de la organización social, independiente, a su vez, de toda hipótesis metafísica.

El doctor Ingenieros nos dice también, que la única filosofía que tiene razón de existir y que existirá, es la de las hipótesis metafísicas. Filosofía y metafísica se identifican; quien niega la legitimidad y la necesidad espiritual de la segunda, auna en realidad ciencia y filosofía. Con lo cual afirma una doble discrepancia con el positivismo: en primer término, al establecer la necesidad de la metafísica y, en segundo lugar, al afirmar que la filosofía no puede reducirse a la sistematización de las más amplias generalizaciones científicas. En lo primero, es decir, en lo que se refiere a la afirmación de la necesidad de la metafísica, el doctor Ingenieros es consecuente en todo su trabajo; en lo segundo, en lo que respecta a su contenido se contradice; en verdad esa metafísica que el doctor Ingenieros pronostica, no será otra cosa que la síntesis de las leyes más vastas de la ciencia, aunque parecería no ser así por lo que él mismo asegura.

Efectivamente, en ninguna parte establece un distinguo entre la ciencia y la metafísica. De acuerdo a las proposiciones que el doctor Ingenieros ha escrito sobre la filosofía del porvenir, la ciencia se ocupa de lo *experiencial*; le incumbe a la metafísica ocuparse de lo *inexperiencial*. Pero he ahí que las hipótesis *inexperienciales* deberán formularse de acuerdo a las conclusiones de la ciencia de lo *experiencial*. Así es convertida la ciencia en punto de partida de la metafísica; más aún, la ciencia determina la metafísica, ya que las hipótesis de esta última deben coincidir con ella.

(1) *Proposiciones*, página 24.

« Creo — dice Ingenieros — que en el porvenir los resultados experenciales fijarán los límites y las condiciones legítimas de los problemas inexperenciales » (1). Si se coteja este párrafo con la nota puesta al pie de la página 26 de las proposiciones, se advierte que el doctor Ingenieros aparece negando la metafísica, cuya legitimidad y cuyas condiciones pareciera determinar en esta última página. Dice así: « No concibiendo filosofía alguna fuera de las hipótesis metafísicas, creo que si se reputase innecesarias a estas últimas, sería imposible distinguir la filosofía de la ciencia, pues la primera se reduciría a un sistema sintético de la segunda. »

En conclusión, ocurre que en el siglo XXI se hará lo que se ha hecho a fines del siglo XIX.

Si esta será la metafísica futura, veamos cual será la lógica que se emplearía en su elaboración. Lo escribe el mismo Ingenieros. Después de preguntarse cómo lo experencial puede limitar y condicionar lo inexperencial, contesta: « por el principio de la no contradicción que enseña lo que no puede ser ». Esta sería la lógica para elaborar la metafísica futura; en este punto, parece que el doctor Ingenieros retrocede aun más que en lo referente a la concepción misma de la filosofía. En efecto, el principio de la no contradicción es uno de los postulados de la lógica clásica, cuyas crisis señala Ingenieros en sus *Principios de psicología* (2). Después de habernos anunciado la bancarrota de dicha lógica y el advenimiento de otra nueva, vemos al doctor Ingenieros vaticinar aquella misma lógica caduca como instrumento a utilizarse en la preparación de la nueva metafísica.

Esto lo dice Ingenieros en la misma página (3) en que sostiene que: « El escepticismo filosófico es una actitud « lógicamente » legítima » y que todo él puede reducirse a afirmar que no tenemos verdades sino creencias ». En *Los principios de psicología*, el mismo Ingenieros dice textualmente: « La función de

(1) *Proposiciones*, página 68.

(2) JOSÉ INGENIEROS, *Principios de psicología*, página 259 y siguientes.

(3) JOSÉ INGENIEROS, *Proposiciones*, página 68.

pensar tiene por resultado la formación de creencias » (1). Basta con sacar la conclusión que fluye de las últimas líneas, para llegar al resultado de que el doctor Ingenieros es un escéptico y, en este punto — como dijimos al comienzo del presente capítulo —, estaría en plena concordancia con Mach: en resumidas cuentas, junto con el sabio austriaco, diría que la función intelectual sirve para suministrarnos creencias útiles, y nada más. Si aquí está con Mach, en cambio se encuentra con Ostwald en su concepción de la metafísica, ya que desde el punto de vista metodológico coincide la filosofía del siglo XXI con la que Ostwald elabora con una anticipación de más de una centuria.

Lo experiencial es objeto de la ciencia, lo in experiencial, de la filosofía. La continua perfectibilidad de la experiencia, no impide afirmar la perenne razón de ser de la metafísica, puesto que « Ninguna cosmología legítima permite concebir la vida humana persistiendo sobre la tierra después de la estabilización del universo; la posibilidad de experiencia es, pues, necesariamente menor que la variabilidad de los objetos y condiciones, lo que implica la *permanencia de lo in experiencial fuera de lo experiencial* » (2).

A continuación subraya Ingenieros la originalidad de su concepto de lo in experiencial, que no hay que confundir ni con lo *trascendental* de Kant ni con lo *incognoscible* de Spencer.

Dejando de lado el equivocado empleo del vocablo *trascendental*, que tiene carácter gnoseológico y no un sentido metafísico (Ingenieros confunde *trascendental* con *trascendente*), la diferencia entre lo *incognoscible* de Spencer y lo in experiencial de Ingenieros, reside en que mientras lo *incognoscible* es permanente y no varía en función del conocimiento experiencial, para Ingenieros la variación de los resultados de la experiencia científica, determina la legitimidad de los problemas in experienciales y la legitimidad de las hipótesis, que pretenden explicarlos.

El doctor Ingenieros, antes de ocuparse de los métodos de la

(1) *Principios*, página 268.

(2) José INGENIEROS, *Proposiciones*, página 44.

filosofía futura, señala los problemas de la metafísica del porvenir. Ella comenzará por eliminar aquellos que por su falsedad sean residuo de hipocresías pasadas. La metafísica del futuro no se ocupará ni de Dios, ni del alma, ni de la inmortalidad; planteará sus problemas de acuerdo a las conclusiones de las ciencias. Así, el problema de la substancia, se planteará de acuerdo a conclusiones de la ciencia físicomatemática y el problema del origen de la vida se encarará del punto de vista físicoquímico. El problema de la libertad que excede a las ciencias físicomatemáticas y a las psicológicas, es como el de la vida un problema particular: aquel es *metapsíquico* y este, *metabiológico*. El problema del origen del conocimiento y de su valor, se planteará con método genético. En esto hará la filosofía del porvenir lo que Ingenieros ya ha hecho en sus *Principios de psicología*.

En medio de todas las afirmaciones que hace Ingenieros, subsisten dos que definen la verdadera índole de su filosofía futura. Los filósofos del porvenir se ocuparán de construir «hipótesis inexperienciales *a posteriori*» (1); *a posteriori* de la experiencia científica, cuyas continuas variaciones repercutirán sobre la metafísica. «Los metafísicos del porvenir desearán que sus sistemas de hipótesis sean la techumbre legítima del saber, pero no se ocuparán de techar edificios imaginarios, *chateaux-en-Espagne* de pura fantasía; no dudarán de que el edificio debe empezarse por los cimientos, sin renunciar por ello a techarlo y con la seguridad de que sólo así es posible techar edificio alguno, aunque sea perfeccionarle, es decir, admitiendo la posibilidad de rectificación y perfeccionamiento» (2).

Las hipótesis metafísicas prolongarán las hipótesis experienciales de la ciencia, y el carácter legítimo de esa continuidad será determinado por los principios de la lógica clásica. Volvemos, en realidad, a esa combinación de empirismo y racionalismo, que ha caracterizado a la filosofía científicista de fines del siglo XIX.

Los cuatro caracteres necesarios de la metafísica serán: la uni-

(1) INGENIEROS, *Proposiciones*, página 74.

(2) INGENIEROS, *Proposiciones*, páginas 76-77.

versalidad, la perfectibilidad indefinida, el antidogmatismo y la impersonalidad.

Podría creerse que la universalidad de las conclusiones metafísicas será en el porvenir igual a la universalidad de las verdades científicas. Sin embargo, en la página 97 el Ingenieros nos atenúa esa esperanza.

Después de señalar la necesidad de que se renueve el lenguaje filosófico, ya que sólo es posible un pensamiento claramente definido con un idioma cuyos vocablos no tengan sentido equívoco, nos describe Ingenieros la arquitectónica de la filosofía del porvenir.

Antes de entrar de lleno en el estudio de la arquitectónica que Ingenieros expone en el capítulo IX de su trabajo, recordemos lo que dice respecto de las hipótesis científicas y de las hipótesis metafísicas: « Las científicas subordinan su legitimidad a la demostración experimental que presuponen posible; las metafísicas sólo aspiran a ser lógicamente legítimas, sin que se considere posible su demostración experiencial » (1).

Cita como ejemplo la hipótesis de Clausius sobre la muerte del universo, por la transformación definitiva de todas las formas de energía en calor. Para el doctor Ingenieros esta hipótesis es legítima porque se funda en los resultados actuales de la física, pero es una hipótesis metafísica porque no es experimentalmente demostrable. Su legitimidad es puramente lógica (2).

Sin entrar a discutir, por el momento, el carácter « científico » de muchas hipótesis que las ciencias emplean y que serían metafísicas a semejanza de la de Clausius, señalemos una vez más que la metafísica es, para Ingenieros, una prolongación de las conclusiones científicas en el dominio de lo inexperiencial. Ingenieros mismo llega a definir en términos, a su juicio inequívocos, el carácter de la metafísica: « Esta tiene por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas inexperienciales » (3). Esas hipóte-

(1) JOSÉ INGENIEROS, *Proposiciones*, página 72.

(2) JOSÉ INGENIEROS, *Proposiciones*, página 73.

(3) JOSÉ INGENIEROS, *Proposiciones*, página 93.

sis están en continua mutación, de acuerdo a las variaciones de la ciencia.

En su arquitecónica nos explicará Ingenieros más claramente la relación entre las ciencias y la metafísica. El primer párrafo del capítulo correspondiente, nos ofrece una sorpresa. Dice así : « En su origen la filosofía fué un saber universal ; la metafísica, al distinguirse dentro de ella, conservó ese carácter y fué concebida como una superciencia de lo inexperiencial, dejando a la física — su gemela — todo lo experiencial, es decir, todas las ciencias » (1). Pero he ahí que esto que ocurrió en el pasado, no difiere en lo más mínimo de lo que ocurrirá, según Ingenieros, en el porvenir. El mismo nos asegura que la metafísica será « un verdadero sistema integral de hipótesis explicativas de los llamados enigmas del universo » (2). Esas hipótesis se referirán a los problemas inexperienciales de las distintas ciencias, tanto de las psicológicas como de las naturales.

En las primeras páginas de ese capítulo, el doctor Ingenieros hace la historia sumaria de las distintas ciencias, entre las cuales incluye la lógica, la ética y la estética que « han iniciado ya su constitución como ciencias con objetivos netamente experienciales, históricos, normativos, etc. ». Las últimas tres son, para el doctor Ingenieros « ciencias psicológicas » ya que la experiencia lógica, la experiencia estética y la experiencia moral, son formas de la experiencia en su triple aspecto : específico, social e individual. Resulta así, sin quererlo el doctor Ingenieros, y muy a pesar suyo, haciendo un distinguo entre los dos grupos de ciencias, aunque crea haber zanjado la separación que hay entre ellos.

El doctor Ingenieros nos dice que los objetivos netamente experienciales de las ciencias psicológicas, son históricos, normativos, etc. Se trata no tan sólo de una diferenciación puramente didáctica, entre éstas y las otras ciencias, sino que los mismos vocablos que señalan su particular objetivo, revelan ya su indole especial.

(1) JOSÉ INGENIEROS, *Proposiciones*, página 109.

(2) JOSÉ INGENIEROS, *Proposiciones*, página 118.

Convendrá con nosotros cualquier lector en que hay una diferencia muy grande entre las ciencias normativas y las que no lo son. Estas últimas se ocupan de lo que es; lo normativo, lo que debe ser o lo que queremos que sea, es el objeto de aquéllas. Tampoco puede eludirse la distinción entre el objetivo histórico y la materia que estudian las ciencias físicas; las últimas en su mayor perfección aspiran a obtener explicaciones de índole matemática, geométrica, en que el factor tiempo está excluido; los hechos históricos son, por su naturaleza, individuales, y el transcurso del tiempo desempeña en ellos un papel importante. La circunstancia de que Ingenieros haya empleado la palabra *normativo*, prueba que, a pesar de su empeño en borrar toda diferencia entre las distintas ciencias, ha debido reconocer la naturaleza especial de las que él llama *psicológicas*. Por lo demás, en el último párrafo transcrito, el doctor Ingenieros alude al carácter específico, social e individual de la experiencia lógica, estética y moral que estudia la ciencia psicológica.

Ahora bien; hay ciencias en las cuales el objeto es conceptuado como factor causal de la experiencia; tal ocurre con la física, con la química o con cualquier ciencia natural. Las que estudian al hombre, no pueden dejar de considerarlo como factor creador de la experiencia. Así resultan existiendo dos grupos de ciencias: las ciencias objetivas, físicas, naturales; las ciencias que estudian el conocimiento humano, la conducta humana, la sensibilidad humana.

Vimos hace un momento que un vaticinio formulado por Ingenieros sobre la filosofía futura, coincide con lo que él mismo reconoce como ocurrido en el pasado.

Las proposiciones relativas al porvenir de la filosofía ratifican esta aseveración de que el pronóstico de Ingenieros armoniza con lo que la filosofía ha pretendido hacer muchas veces. Las últimas líneas del trabajo que nos ocupa dicen que la filosofía del porvenir «realizará la unidad sintética que en todo tiempo ha sido la aspiración de una metafísica legítima». Ingenieros quiere para el futuro lo que, según él mismo, siempre han querido los filósofos de todo tiempo.

Esa unidad sintética deberá realizarla la metafísica con las hipótesis inexperienciales de las ciencias naturales y de las ciencias psicológicas. Parecería que la esencia de unas y otras hipótesis es a tal punto similar, que el construir con todas ellas un sistema de conjunto, resulte consecuencia natural de esa su misma índole similar. Pero, en verdad, a pesar de su esfuerzo verbal, Ingenieros no puede disimular la diferencia fundamental entre unas y otras. Si en el dominio de lo *experiencial* las unas son ciencias de hechos y las otras ciencias normativas o históricas, como él mismo lo ha confesado, en el terreno de lo *inexperiencial* las hipótesis metafísicas, construidas a partir de las ciencias psicológicas, tienen un nombre especial, y no basta con llamarlas *hipótesis* simplemente. Ingenieros confiesa que esas *hipótesis* son *ideales*. El mismo Ingenieros admite que los ideales son « hipótesis inexperienciales acerca de una *perfección posible* y sus condiciones de legitimidad son las mismas que las de todas las restantes hipótesis metafísicas; están como ellas condicionadas por la experiencia y evolucionan por razón del medio experiencial ».

He ahí que resultamos hablando de una « perfección posible ». Implícitamente aparece en juego la voluntad humana que anhela un futuro más perfecto que el presente; se establece, a pesar de las reiteradas aseveraciones del autor, una diferencia radical entre las que son únicamente hipótesis y aquellas hipótesis que son ideales. Y si eso no bastara, nos dice el mismo Ingenieros, que los « ideales, como todas las creencias, no son universales; cada individuo, grupo, clase, nación, raza, tiene una experiencia distinta y sobre ella elabora hipótesis de perfección necesariamente diversas » (1).

En la página 93 dice Ingenieros: « convergiendo las hipótesis a una explicación armónica y coherente de lo *inexperiencial*, constituyen un sistema metafísico y puede decirse que la metafísica del porvenir estará en *formación continua* y presentará algunos caracteres necesarios: la universalidad, la perfec-

(1) *Proposiciones*, página 125.

tibilidad indefinida, el antidogmatismo y la impersonalidad ».

Si las hipótesis de lo inexperiencial de los problemas correspondientes a las ciencias psicológicas debieran entrar como integrantes del sistema metafísico que se elabora con ellas, conjuntamente con las hipótesis inexperienciales de los otros dominios de la investigación humana, no se explica cómo podría hacerse, según las palabras de Ingenieros, un sistema metafísico universal e impersonal, cuando él mismo reconoce que en aquellas hipótesis, que llama ideales, entra como factor el individuo, la sociedad, etc., es decir, el hombre. Esa unidad resulta destruida, si se intenta hacer un sistema metafísico unitario, por el carácter individual o el específico de las sociedades que intervienen en la elaboración de esos *ideales*.

Si hubiéramos de resumir el juicio que nos merecen las *proposiciones* de Ingenieros relativas al porvenir de la filosofía, podría decirse que no agrega para el porvenir ningún pronóstico que no esté en perfecta concordancia con las ideas expuestas por él mismo en sus *Principios de psicología*. La metafísica futura que Ingenieros nos anuncia, en nada diferirá de la metafísica que él, a semejanza de otros, ha construido utilizando las hipótesis científicas de más extensión. Sin embargo, habrá que reconocer que hay una innovación en las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, respecto de los *Principios de psicología*. En aquellas, como vimos, el evolucionismo determinista de la psicología que abarcaba toda la realidad dentro de una uniforme característica, desde el orden cósmico hasta el orden moral, ha sufrido, acaso a pesar del autor, la desarticulación que fatalmente implican las hipótesis « ideales » de lo inexperiencial del dominio de las *ciencias psicológicas*.

A partir de los *Principios de psicología* se va notando en Ingenieros un paulatino descreimiento en el realismo naturalista, aunque dice que debe ser completado y protesta contra la supersticiosa distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu; en las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, esa distinción comienza a resurgir, velada por palabras que

revelan el esfuerzo del autor por mantener una unidad que le va resultando insalvable.

En la página final de la obra sobre Boutroux, el pronóstico sobre la filosofía futura ya no es tan confiado ni tan seguro como en las *Proposiciones*; el espíritu crítico de Ingenieros va acentuándose paulatinamente y con él la renovación de su pensamiento, cada vez menos dogmático y cada vez más comprensivo para los altos problemas de la filosofía, sin dejar de utilizar siempre su airado tono polémico. Acaso sea más justo atribuir a falta de sentido irónico, que a falta de modestia, el dogmatismo subsistente, el aplomo y el gesto autoritario con que habla Ingenieros.

III

INGENIEROS HISTORIADOR DE LA FILOSOFÍA

Boutroux y la filosofía universitaria en Francia. — Filosofía y política. — La historia de Francia y la metafísica francesa. — El método *genético* en historia de la filosofía. — Las ideas filosóficas y los partidos. — Boutroux y Engels. — Anarquismo, socialismo y conservatismo; sus pretendidos fundamentos científicos. — Kant. — Le Dantec. — La cultura filosófica en España. — La sociología de Ingenieros. — Ingenieros y Justo.

A Emilio Boutroux, filósofo francés e historiador de la filosofía, fallecido en 1921, dedicó Ingenieros un libro con el título de *Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia* (1).

La destacada posición que Boutroux tuvo en el pensamiento francés durante los últimos cuarenta años y la extensión del trabajo de su comentarista argentino, nos obligan a prestar especial atención a la obra que nos ocupa.

Para Ingenieros, Boutroux no era un filósofo. Carecía de las condiciones que él mismo exigía de quienes han de llevar con justicia tal título. «Sin ser un filósofo es un temperamento», temperamento definido, para Ingenieros, por un intenso misticismo ético. Tres personalidades cabe distinguir en Boutroux, según la diversa edad en que lo consideremos. Es dialéctico hasta 1880, historiador de filosofía desde el 80 hasta el 1900, y a partir de esa fecha hasta su fallecimiento domina en él el misticismo.

Con «método genético y funcional» estudia Ingenieros la evolución espiritual de Boutroux. Para ello analiza las alternativas de

(1) Buenos Aires, 1923.

la vida política y social de Francia, a fin de evidenciar las relaciones « entre la filosofía y la historia política ». Ya al nacer Boutroux, en 1845, « cada etiqueta metafísica correspondía a una posición militante ». Escribe nuestro autor historia de la filosofía siguiendo un criterio distinto al de Boutroux.

El mismo insiste en hacérselo notar. Mientras el maestro francés analiza las obras para apreciar el esfuerzo espiritual de sus autores y determinar la conexión lógica entre sus ideas, piensa Ingenieros que con eso no basta. Requiere « el estudio del medio político y de las circunstancias personales » para la cabal comprensión de un filósofo. Hace nuestro autor, para hablar en el lenguaje del caso, la historia natural de las « camarillas filosóficas » y de sus respectivas filosofías, en función del medio político.

Consta el libro de Ingenieros de siete capítulos. Tratemos de ver en cada uno de ellos en qué medida logra convencernos su criterio de historiador de la filosofía y hasta qué grado son justas sus apreciaciones sobre obras y autores.

Comencemos por el capítulo primero.

Ocupase en él Ingenieros del « filosofismo social de la monarquía de Julio » y nos expone las actividades de las distintas « facciones filosóficas » a través de las alternativas de la política, hasta el ministerio de instrucción pública de Fortoul, durante el segundo imperio.

La figura central en la filosofía universitaria durante la monarquía de Julio, es Cousin. ¿Cuál es su sistema? Con « más de Schelling que de Hegel preparó un vago panteísmo racionalista » en el cual se salvaban los tres mitos clásicos: Dios, el alma inmortal y el libre albedrío. « Eclecticismo » fué la divisa que a la doctrina pusieron sus « empresarios ». De las enseñanzas de Cousin no nos habla Ingenieros; diserta, en cambio, con relativa extensión, acerca de su política educacional. En vez de historia de las ideas nos ofrece la crónica de los decretos administrativos dictados por Cousin mientras ocupaba los más altos cargos de la enseñanza en Francia. ¿Cuál es su mayor delito? El de haber defendido la Universidad de los ataques de los católicos monárquicos y de los

partidarios de la restauración borbónica. A la oposición que unos y otros hacían a Cousin agreguemos que debía cargar con la hostilidad de los republicanos, cuyos diversos sectores estaban «más o menos vinculados con el grupo positivista de Comte»... ¿Qué afinidad doctrinaria explica esa circunstancial coincidencia política entre católicos y republicanos, que en los acontecimientos ulteriores veremos actuar en campos radicalmente opuestos?

Guardemos memoria de la actitud de quienes estaban vinculados con el «núcleo positivista de Comte». A poco andar encontramos positivistas indiferentes en política y hasta reaccionarios.

En la crónica de las agitaciones que ocurrían desde la insurrección del 48 hasta finalizar el período que abarca este primer capítulo del libro, su autor tampoco nos ofrece ni una exposición ni una crítica del pensamiento de quienes, por filósofos o profesores de filosofía, debieran merecerle atención preferente. Sólo hallamos la historia de los cambios en el régimen político; sucesión de gabinetes, disposiciones burocráticas y nombramientos de profesores son el único material que el doctor Ingenieros nos ofrece.

Las ideas filosóficas de las figuras intelectuales que actuaron en tan agitado momento, ¿podríamos acaso inferirlas de sus actitudes políticas? ¿Hay coincidencia ideológica, por ejemplo, entre Carnot y Ravaisson; entre Comte y Renouvier, que en vísperas del 48 hallábanse unidos contra Cousin, antes de su caída? el doctor Ingenieros nada nos dice de la posición intelectual de ellos, apenas algún epíteto para caracterizar a tal o cual autor.

Al hablar de Renouvier, acerca de quien nos ilustra en capítulos ulteriores con algunos adjetivos vagos, sólo menciona aquellos de sus libros que versan sobre cuestiones sociales. Y el resto de su abundante obra, ¿qué concepto merece a Ingenieros? Las ideas políticas de Renouvier le son evidentemente simpáticas, pero no gozan de su simpatía los biógrafos de Renouvier; entre ellos G. Seailles, autor de la *Philosophie de Charles Renouvier*. Según Ingenieros, en la lista de obras de Renouvier que Seailles publica en su libro, habría omitido deliberadamente el *Manual republicano* y la *Guía para los institutores*, con el objeto de «descargar de pe-

cados la memoria de Renouvier ». Seailles sería para Ingenieros un « reaccionario » que de propósito olvida citar obras revolucionarias. El cargo es inexacto; en la lista que de las obras de Renouvier publica en su libro, figura *Le gouvernement direct et organization communale et centrale de la République*, en colaboración con Fauvety (Librairie Républicane de la Liberté de Penser). Y al pie de la lista, « J'emprunte les éléments de cette nomenclature à l'excellente notice que M. J. Thomas a placée en tête de son édition du *Manuel Républicain* ».

Pasemos al capítulo siguiente.

Abarca desde el golpe de Estado del 51 hasta el año 1873. De nuevo tenemos cambios en el Gobierno, trastornos políticos, sucesión de ministerios, nombramientos de profesores, supresión y reposición de cátedras. Al lado de las incidencias de la vida política francesa nos expone Ingenieros la variada labor de la burocracia docente en Francia. Resulta imposible inferir las ideas filosóficas de los pensadores de la época, de acuerdo a su actuación militante, para así justificar la brevedad de las referencias que a ellos hace Ingenieros. Comprobémoslo. Durante el Segundo imperio la filosofía universitaria se hallaba en manos de eclécticos, quienes por aquel entonces se habían puesto el rótulo de « espiritualistas. » Coincidían en atacarla, aunque por diversas razones, los liberales independientes, los católicos, los republicanos. Esta concomitancia opositora de tan diversos grupos, ¿a qué motivos « filosóficos » respondía? Dejemos por un momento la filosofía universitaria. Veamos lo que ocurría en torno suyo y escuchemos la exposición que de la lucha de ideas nos suministra Ingenieros. El « neopositivismo liberal », inspirado especialmente en Hegel, adquiere singular importancia. Hubo también neopositivistas « independientes ». No les cabe el adjetivo de « liberales » por ser monárquicos. En cuanto al grupo comtiano de positivistas, sin neopositivismo, eran reaccionarios. Littré y Laffite se habían retirado de la política. Este último había sido republicano revolucionario. Sin cambiar de filosofía, abandonó la « acción ». Volvamos a los neopositivistas liberales : Renan, Berthelot y Taine. En po-

lítica no participaron, y sus ideas filosóficas, ¿cuáles fueron? De Taine nos dice que « su influencia intelectual fué creciendo sin intercedencias durante los veinte años del Segundo imperio », que « la influencia inicial de Espinoza y la predominante de Hegel fueron completadas, en el espíritu de Taine, por la de Bain, Spencer y Stuart Mill »; lo que es de advertir en *La inteligencia*, publicada en 1870. Respecto de Renan nos hace Ingenieros una enumeración incompleta de sus obras, con las fechas de su respectiva publicación; en lo que se refiere al contenido ideológico de esas mismas obras nos dice tan sólo que Renan leyó a Hegel y Herder; que « en la pensión trabajó amistad con Berthelot »; que en el 49 se fué a Italia y que a su vuelta « obtuvo un puesto en la Biblioteca nacional, consagrándose a estudios de historia religiosa ».

Taine y Renan resultan discípulos de Hegel. ¿Qué tomaron del maestro? ¿En qué discrepan sus ideas? Ingenieros nada nos dice al respecto. Con idéntica vaguedad habló de Cousin y con la misma vaguedad volverá a hablarnos de Renouvier, Lachelier y Ravaisson. Afirmar que Renan y Taine fueron influidos por Hegel es muy poco para un historiador de la filosofía. Hegeliano suele considerarse en nuestros días a Croce, y no es poco lo que de Hegel tomó Gentile: ¿qué afinidad ideológica hay entre Renan y Gentile, entre Taine y Croce?

Simultáneo con los « positivistas liberales » actuó el grupo republicano neocriticista. Renouvier era su figura más importante. Y ahora que su actuación es de gran trascendencia, nos dice Ingenieros que era kantiano, pero que « en rigor se apartaba de Kant, en algo esencial, afirmando el puro fenomenismo y negando el numenismo de las cosas en sí » (ya que nuestro autor habla del « numenismo de las cosas en sí », debió decir, « el puro fenomenismo de los fenómenos »). ¿Conocía Ingenieros algún numenismo que no sea de las cosas en sí?

Completa este capítulo *El espiritualismo oficial a fines del imperio*. De Félix Ravaisson y Julio Lachelier se ocupa Ingenieros. Demás está decir que no le resulta aceptable la filosofía de ambos. Poco nos dice de ella y el único cargo que contra Ravaisson for-

mula es su escasa fecundidad en libros; agrávase este cargo contra Lachelier, cuyo número de trabajos es aún menor. Si Ingenieros hubiera expuesto las ideas contenidas en los cortos ensayos de Lachelier (*Fundamentos de la inducción, Ensayo sobre el silogismo, Psicología y Metafísica*), habría probado a sus lectores que valen más que muchos libros voluminosos.

Estamos ya en plena guerra francoprusiana. El tratado de Francfort (firmado el 10 de julio del 71) consagra la derrota de Francia. Entretanto la filosofía espiritualista, «desacreditada por Fouillée», necesitaba un salvador. ¿Quién podía serlo? «Algún joven de ideas monárquicas, religiosas, conservadoras...» Entra en escena Emilio Boutroux.

A la tesis de Boutroux sobre *La contingencia de las leyes naturales* dedica Ingenieros el tercer capítulo de su libro. Antes de hacer la exposición y crítica de su teoría nos ofrece la filiación intelectual del autor. En la página 62 nos dice que «aunque Boutroux dedicó su tesis a Ravaisson, debe mirarse a Lachelier como su inspirador inmediato» y en la página 61 nos aseguraba que Boutroux estaba «más próximo de Ravaisson que del mismo Lachelier». En la misma página 61 dice Ingenieros que «incurren en grave error los que relacionan la tesis de Boutroux con el neocriticismo francés de Renouvier», y a vuelta de hoja, hablando de la tesis de Boutroux, nos dice el doctor Ingenieros que «con muy poca anterioridad habían expuesto ideas análogas dos pensadores que empezaban a ser leídos con respeto» (1): Lotze y Renouvier.

Expuesta así con método «genético y funcional» la filiación filosófica de Boutroux, entra Ingenieros al estudio de *La contingencia*.

Expone los diversos capítulos de esa obra y sin previo análisis de los problemas que en ellos se estudian pronuncia su categórica sentencia en contra.

De acuerdo a la sistematización de Ingenieros corresponde la tesis al Boutroux «espiritualista». Contra su opinión, hagamos notar que en ella respeta Boutroux las ciencias al

(1) *Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia*, página 62.

punto de empeñarse en probar la « contingencia » en la naturaleza, para poder afirmar la « libertad » en el hombre.

Al referirse al 5º capítulo (de los cuerpos) que versa sobre la contingencia en el mundo físico, está a tal punto seguro Ingenieros de que son « infantiles » los argumentos de Boutroux, que omite « señalar la ilegitimidad de este capítulo V », suponiendo que sus lectores « han cursado estudios secundarios y pueden comprobarla directamente ». El asunto no es ciertamente tan sencillo como sospecha el doctor Ingenieros. No faltan autorizados hombres de ciencia que carezcan al respecto de convicciones tan terminantes como las de nuestro autor; permítasenos citar a Max Born, eminente sabio alemán contemporáneo. Escribe Born, en *La teoría de la relatividad de Einstein y sus fundamentos físicos*: « La esencia de la nueva cinemática consiste en la unión inseparable del espacio con el tiempo. El universo es una multiplicidad de cuatro dimensiones; su elemento es el punto universal; el espacio y el tiempo son formas de la ordenación de los puntos universales y esa ordenación es, hasta cierto punto, empañada de contingencia » (1).

El 6º capítulo (de los seres vivos) de la tesis de Boutroux versa sobre el problema biológico. Ingenieros lo resume. Va en él defendida la doctrina clásica del vitalismo; el análisis que Ingenieros hace de ese mismo capítulo, se reduce a decirnos que « en la actualidad existen algunos biólogos y fisiólogos vitalistas, pero se mostrarían muy inquietos si se confundieran sus conceptos y argumentos con los enunciados por Boutroux en 1874 » (2). En cuanto al 7º capítulo (del hombre), en el cual se estudia el problema de la libertad, demás está decir que Ingenieros no puede interesarle mayormente; ya sabemos por él que él « libre albedrío » es uno de los « tres mitos clásicos ». Concluye nuestro autor lamentándose de que Boutroux no haya prohibido la reimpresión de su tesis de 1874 al publicar su curso del 92: *De la*

(1) MAX BORN, *La teoría de la relatividad de Einstein y sus fundamentos físicos*, página 313.

(2) Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia, página 80.

idea de ley natural. Habría convenido para su reputación. Nos asegura Ingenieros que esta última obra es « una rectificación » de la *Contingencia*. No tardará en contradecirse. Entretanto, veamos a Boutroux historiador de la filosofía.

En 1877 fué designado para el cargo de maestro de conferencias en la Escuela Normal. Con el triunfo de los republicanos pasó la burocracia universitaria a depender de elementos « radicales ». El flamante maestro de conferencias, a quien « las cosas de la política » aconsejaban dejar en paz los « sanos principios » espiritualistas que fueran tan estimados cuando reinaba el « orden moral », no se ocupó de filosofía hasta el 82. En aquel entonces no era prudente combatir el determinismo y la solidez de las leyes científicas. No obstante la probidad que Ingenieros le reconoce, Boutroux, por pura « prudencia », habría dejado de enseñar lo que pensaba.

En 1887 pasó a la Sorbona para enseñar historia de la filosofía moderna, a la edad de 43 años. « Como profesor, fué ejemplar. » Su largo contacto con hombres de ciencia y su parentesco mismo con Henri Poincaré le habrían obligado a rectificar sus opiniones sobre el valor de la ciencia. ¿En qué parte de la obra de Boutroux se advierte esa influencia? Más justo sería decir que la ciencia de la época fué influida por aquellos pensadores que, como Boutroux, sometían a una rigurosa crítica todos los conceptos que, con pretensiones de valor absoluto, postulaba la ciencia.

Antes de entrar a ocuparse de la obra de Boutroux como historiador, nos habla Ingenieros del « historicismo en filosofía ». « La historia de la filosofía es un género de la historia », como lo es la de la química y la de la música. Nada tiene que ver con la filosofía. No consideramos legítima esa apreciación de nuestro autor. El desarrollo de las ideas de la filosofía tiene su lógica. Nada tan interesante ni ilustrativo para quien se dedica a estas disciplinas, como el conocimiento de esa « lógica », que puede comprobarse desde la iniciación de la filosofía griega hasta nuestros días.

Pasa revista Ingenieros a los diversos trabajos que sobre historia de la filosofía ha escrito Boutroux. Refiriéndose al artículo

sobre Descartes, nos dice que no lo « penetra muy bien », sin darnos las razones de tan terminante afirmación.

En lo que respecta al ensayo sobre Pascal, sólo merecen atención las páginas finales del 4º capítulo, « lo demás, que es información o crítica, sólo puede parecer interesante a lectores que no conocen a Pascal ni a su obra ». Era Pascal un místico, y « claro está que no debía esperarse de Boutroux un prolijo estudio psicopatológico del interesante personaje, a la manera en que lo hicieron ya muchos alienistas, después de Lélut » (1). Es ésta una de las partes más flojas y menos ecuanímes del libro de Ingenieros.

Desprovisto de sentido religioso, el autor de *Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia*, toda vez que la oportunidad se le ofrece involucra el misticismo en su crítica agria a la política de la religión burocráticamente organizada. Si desde el punto de vista de una ideología liberal el repudio de la autoridad eclesiástica es lógico, no ocurre lo mismo con la censura denigrante que Ingenieros tiene continuamente a flor de pluma para condenar el misticismo; actitud no menos legítima que cualquier otro *ismo*, en que el hombre exterioriza su situación íntima frente al universo y frente a su propio destino.

Alejandro Korn, en el artículo a que nos referimos antes, sobre las *Proposiciones* de Ingenieros, escribe acerca de la opinión de este último sobre el misticismo las siguientes líneas que bien merecen ser reproducidas: « En cuanto al misticismo que efectivamente no da « conocimientos », pero sí convicciones, nos permitiremos una pequeña digresión porque nosotros amamos la metáfora.

« Quien esto escribe tiene la desgracia de carecer de oído; es, según la conocida clasificación de Ingenieros, un idiota musical y suele encontrarse con dos clases de gentes. Los unos al enterarse de su indiferencia ante la ejecución de una pieza se exaltan y en tono airado le increpan: ¡Cómo es posible no sentir la belleza de este trozo! eso es inconcebible, es una falta de cultura! — y a esta

(1) *Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia*, página 102.

amable invectiva aun agregan una larga disertación para convencerle. Otros, en cambio, le dicen: ¡Cuánto debe lamentar usted la deficiencia de su oído que le priva de un placer estético tan alto! — y callan. Pues bien, para experimentar la emoción mística también se necesita la capacidad, el órgano del caso y cuando falta, también se encuentran las dos consabidas especies humanas: los unos se indignan con fervor sectario, en tanto que otros se compadecen de la idiocia mística como una deficiencia sensible e irremediable.

« Y así como hay melómanos que prefieren un alegre tango a todas las obras maestras, también hay quienes no alcanzan sino las formas más burdas del misticismo. En realidad, existen diferencias tan grandes como entre el tango y la Novena Sinfonía. Para no caer en comparaciones enteramente vulgares, obsérvese qué distancia media entre la repugnante *Devoción de la Cruz*, de Calderón de la Barca y el *Himno al Sol*, de Francisco de Asís. Y hay místicos emancipados de todo dogmatismo, que en la plena libertad de su espíritu se alzan hasta las más excelsas visiones, como Plotino y Kabir » (1).

El mismo Boutroux, en un libro publicado después de su muerte, señala el doble carácter del fenómeno religioso: su aspecto litúrgico, social, y su aspecto subjetivo que nada tiene que ver con los ritos ni con los dogmas. Su manera de interpretar el cristianismo está expuesta en las páginas que transcribimos. En ellas define su posición frente al problema religioso. Puede ella ser compartida o no. Pero en todo caso sus propias palabras aclaran su estado de espíritu, mucho más, sin duda, que los comentarios y las alusiones no siempre precisas de Ingenieros. Las reproducimos en su texto originario para que, si cabe, arrojen más luz sobre una faz tan importante de la personalidad del ilustre maestro francés, aquella faz, precisamente, que aparece con menos nitidez en el estudio del comentarista argentino.

« Les questions religieuses sont de celles qu'il importe, aujourd'hui

(1) *Atenea*, año II, 1919, número 2, página 51.

d'hui particulièrement, de traiter en public, dans un esprit de sérieuse soumission aux faits et à la vérité, afin que leur réalité, leur signification, leur importance ne risquent pas d'être méconnues. M. Frommel les aborde principalement par leur côté psychologique et moral. Ceci même donne à ses travaux un intérêt singulier. Car, dans le dessein, notamment, de rendre les phénomènes religieux plus accessibles à la science positive, plus justiciable de ses méthodes, on incline parfois aujourd'hui à en placer l'élément essentiel dans leur côté social et institutionnel. On les fait consister, par exemple, plus au moins exclusivement, dans telles croyances socialement obligatoires et dans les rites relatifs aux objets donnés dans ces croyances. Et ce sont là, certes, des manifestations religieuses. Mais l'âme d'un saint Paul, d'un François d'Assise, d'un Luther, d'une sainte Thérèse, d'un Pascal, n'est-elle pas, elle aussi, une expression très authentique de ce qu'on appelle religion? Et suffit-il que la vie de ces âmes soit très individuelle pour qu'elle perde tout intérêt et toute valeur aux yeux des historiens, aux yeux des savants, aux yeux des hommes? En même temps que des phénomènes sociaux, avant même, peut-être, de se manifester comme phénomènes sociaux, les faits religieux sont affaire d'expérience intime et individuelle; ils constituent, au sein de la conscience, une vie qui à sa couleur propre, ses drames, ses douleurs et ses joies, et qu'il appartient à la psychologie d'étudier et d'approfondir. Aussi ne saurions-nous être trop reconnaissants aux psychologues tels que MM. Flournoy, William James ou M. Frommel qui, avec une compétence spéciale, abordent par ce côté les phénomènes religieux.

« Les conférences que nous allons entendre traitent de la psychologie du pardon dans ses rapports avec la croix de Jésus-Christ. Le professeur nous parlera de repentance et d'expiation, de sacrifice et de satisfaction. Ce sont là des aspects de la religion que l'on tend parfois aujourd'hui à reléguer dans l'ombre. Pourtant il est incontestable que, soit dans l'histoire du christianisme, tel qu'il a été vécu par les âmes pieuses, soit dans l'Écriture elle-même la Croix joue un rôle capital, central même, selon de nombreux chré-

tiens. Pascal prenait en quelque sorte pour devise cette parole de l'Écriture transmise par saint Augustin à Jansénius : *Ne evacuelur cruz*, c'est-à-dire : Il faut tenir pour fausse et funeste toute doctrine qui rend inutile la croix de Jésus-Christ. Aujourd'hui on a plus de goût pour l'optimisme et pour la *Religion of healthy mindedness*, comme dit W. James. On préfère les *once-born* aux *twice-born characters*, ceux qui, pense-t-on, une fois pour toutes, sont nés au bien à ceux qui, pour se tourner vers le bien, ont besoin de mourir à leur nature première et de renaître. A déprécier ainsi le côté sombre et tragique de la religion demeure-t-on chrétien, demeure-t-on attaché à l'idéal religieux sous sa forme la plus élevée? Questions que soulèvent très opportunément les conférences de M. le professeur Frommel et sur lesquelles il est infiniment précieux de recueillir ses enseignements.

« Gardons-nous, en effet, de l'erreur stigmatisée par Pascal dans les *Provinciales*, mais toujours tentante : celle qui consiste à lever l'antinomie du possible et de l'obligatoire en taillant l'obligatoire à la mesure du possible, à faire la loi de Dieu aisément réalisable en l'accommodant à la nature humaine. Il faut poser d'abord l'idéal dans sa sublimité et chercher ensuite tous les moyens humains et surhumains qui nous permettent de nous en approcher.

« Mais pour traiter ces problèmes la psychologie suffit-elle?

« Il ne le semble pas. La psychologie décrit ce qui se passe dans l'âme de l'homme religieux, analyse, coordonne, généralise. Mais peut-elle nous montrer l'âme en relation effective avec ce qui la dépasse? Peut-elle, comme on dit, nous garantir la valeur objective des phénomènes qu'elle étudie, de certains de ces phénomènes à tout le moins? C'est là, si je ne me trompe, une question d'un grand intérêt. Je l'appellerais la question de la critique de l'expérience religieuse. De même que Kant a institué la critique de l'expérience sensible, afin de savoir dans quelle mesure et en quel sens cette expérience atteint des réalités, n'y aurait-il pas lieu de soumettre à la critique l'expérience religieuse, pour en déterminer la portée, la valeur objective et universelle? Certes, pour l'individu qui sent, croit et vit, sa foi, son sentiment et sa vie ont une réalité

indéniable. Mais sur quoi reposent ces croyances et cette vie? Est-ce sur des vérités, ou sur des suggestions et des auto-suggestions d'origine purement psychologique ou physiologique? Ont-elles une valeur véritable ou imaginaire?

« Questions dont la solution est sans doute très délicate, car les problèmes religieux sont de nature très spéciale.

« En attendant qu'elles soient résolues, dans la mesure où elles peuvent l'être, c'est un fait que les croyances religieuses se traduisent en actes plus immédiatement peut-être que toutes les autres, en sorte que l'on peut se demander si ce n'est pas ici l'acte qui est premier et la croyance qui vient ensuite, comme une traduction et une représentation objective construites par l'imagination et l'entendement. Le Christianisme en particulier est une vie avant peut-être d'être une foi ou, si bien veut, c'est une foi active qui ne se distingue pas de la vie » (1).

En otras páginas del mismo libro, expresa Boutroux toda su simpatía a Pascal en quien admira su estilo « que es una mezcla singular de pasión y geometría ».

En el capítulo V de su obra trata Ingenieros de los conflictos de la enseñanza en los últimos veinte años del siglo XIX. Estamos en la Tercera República. Boutroux dicta en la Sorbona su curso sobre *La idea de ley natural en la ciencia y en la filosofía contemporánea*. Ya hemos visto que para Ingenieros ese curso es una « rectificación » a *La contingencia*. Nos lo vuelve a repetir: « Demostrando una loable y severa autocritica, no se atrevió a remozar su teoría de una contingencia que aumentaba a medida que se iba ascendiendo por los diferentes mundos superpuestos en el universo » (2). La tal rectificación no existe ni logra probarla Ingenieros; más adelante confiesa que « en esta forma tímida reaparece la primitiva « teoría » de un universo compuesto de mundos heterogéneos en los cuales va creciendo la posibilidad de contingencias hasta lle-

(1) EMILIO BOUTROUX, *Morale et religion*, página 5, edición Flammarion, Paris, 1925.

(2) Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia, página 117.

gar a Dios, que es la contingencia suprema de donde emana toda libertad » (1). Entre las dos citas que acabamos de hacer media apenas tres páginas.

No se requiere mucha suspicacia para descubrir la intención de Ingenieros. Boutroux, al considerar el universo como una serie de mundos en los cuales aumenta la contingencia progresivamente desde el físico hasta el moral, quiere atribuir a Dios la libertad suma. De este modo, su filosofía concluye en una concepción religiosa, y ésta, a su vez, lo conduce, según Ingenieros, necesariamente a una política conservadora. Aquella concepción y política serían los resultados *fatales* de la *contingencia*.

Un autor insospechable como Federico Engels, sostiene ideas análogas a las de Boutroux, en su libro contra Eugenio Dühring, cuya versión francesa lleva por título *Philosophie, économie politique, socialisme* (2). En el capítulo que se refiere a la moral y al derecho, dice que la exactitud de los conocimientos humanos en los distintos dominios del saber, decrece a partir de las matemáticas.

Esa paulatina disminución de la certeza del conocimiento, se verifica en el mismo orden en que para Boutroux aumenta la contingencia en el mundo, y ello porque los fenómenos van perdiendo gradualmente su carácter mecánico, y en consecuencia, la posibilidad de ser descriptos de acuerdo a leyes invariables.

Sin embargo, ni Ingenieros ni nadie supondrá que esta manera de pensar de uno de los fundadores del *socialismo científico*, le haya conducido necesariamente ni al misticismo ni a una política reaccionaria.

En el capítulo VI de su libro ocúpase Ingenieros de *Ciencia y religión en la época contemporánea*, publicado por Boutroux en 1908. Exposición clara y fiel y certero planteamiento de los problemas, son sus méritos más salientes. Analiza las distintas partes del libro de Boutroux. Tiene Ingenieros de la religiosidad un concepto demasiado militante. Su antipatía a quienes convierten la

(1) *Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia*, página 120.

(2) Véase la página 98, de la traducción de Laskine.

religión en un negocio lo conduce a una exacerbada beligerancia contra el misticismo. El anticlerical que hay en Ingenieros somete continuamente al crítico y al historiador de la filosofía.

La fidelidad con que expone al Boutroux de *Ciencia y religión*, hace de este capítulo el mejor del libro que nos ocupa.

Concluye Ingenieros hablando de *La próxima renovación filosófica*. No pretende ilustrarnos en forma definitiva, sobre el sentido en que se encaminará esa renovación, ha disminuído su fe en *Las proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, de que es autor.

Resumamos. Pretender, como lo ha querido Ingenieros, calcar la evolución de las ideas metafísicas sobre las alternativas de la política militante, no es un método que permita establecer con exactitud la posición de tal o cual filósofo. El gobierno universitario de Francia ha buscado a veces, es cierto, profesores que respondieran a la política oficialista. No se puede menos que reprobear la eliminación de la enseñanza de hombres como Renan. Pero el mismo Ingenieros convendría con nosotros en que nadie profesó determinada doctrina con el propósito de satisfacer a tal o cual gobierno. A Boutroux, que es el tema de su trabajo, le reconoce Ingenieros una probidad indiscutible. Vimos ya cuán difícil le resultó determinar su filiación ideológica.

A idénticas posiciones en la política, pueden responder distintas y hasta contradictorias doctrinas filosóficas, y un mismo pensamiento filosófico puede originar actitudes políticas divergentes. Jaurés y Lafargue fueron ambos socialistas y, sin embargo, cuánto no discrepaban sus respectivas filosofías de la historia humana; basta para ello con recordar la famosa controversia en que entran en conflicto la lógica vigorosa de Lafargue y el estilo lírico y persuasivo de Jaurés.

Pedro Kropotkine funda su ética anarquista en las ciencias naturales, en la zoología, de modo análogo al que, en la suya, sirve de base a Kautsky para su doctrina socialista.

La obra de Ostwald *Esquisse d'une philosophie des sciences*, termina haciendo consideraciones referentes a la civilización, a la orga-

nización social, fundadas en su filosofía energética. La Liga Monista que Ostwald fundó junto con Heckel, quien también habla en sus enigmas del universo de cuestiones sociales, jurídicas y morales, redujo su acción a una simple campaña contra el dogmatismo religioso. Estos dos últimos autores, calificables sin injusticia de burgueses, no tienen una concepción del hombre y de la vida distinta de la de Kropotkine.

Jorge Brandes, el crítico famoso, uno de los grandes espíritus libres de Europa, ha sabido mantener una línea de conducta notablemente valiente, frente a todas las manifestaciones de la reacción, sin que esto le impidiese saber apreciar, en su justo mérito, la obra de escritores que acaso no coincidían con él en su pensamiento político. Jorge Brandes está dotado del gran sentido histórico que a Ingenieros le ha faltado con frecuencia.

Ingenieros como historiador de la filosofía no redujo su tarea al estudio sobre Boutroux. Además de esta monografía hay que mencionar algunos ensayos, entre ellos el dedicado a Kant, publicado con motivo del segundo centenario del filósofo. Escrito en tono polémico, los reparos que nuestro autor hace al filósofo de Königsberg, provienen del hecho de que Ingenieros no logra identificarse, por la comprensión, con el criticismo. Trabajo sumario, fuera de la alusión repetida a la insinceridad del autor de la *Crítica de la razón pura*, no ofrece nada digno de señalarse. Y esa misma alusión, más virulenta que justificada, es poco novedosa; ya está en Haeckel, el maestro predilecto de Ingenieros. Como también está en Haeckel señalada la supuesta contradicción entre la *Crítica de la razón pura* y las otras dos *críticas*. Haeckel también afirma que el antagonismo establecido entre la *Crítica de la razón pura* y la *Crítica de la razón práctica* sirve a los intereses de la iglesia militante que sostiene con calor ese dualismo « porque concuerda muy bien con su propia fe mística » (1). Confiesa que esa pretendida oposición entre ambas *críticas* ha sido ya señalada antes de que él lo hiciese. Más modesto que Ingenieros, dice que el antagonismo *radical* entre la razón pu-

(1) E. HAECKEL, *Les enigmes de l'univers*, página 399.

ra y la razón *práctica* ha sido reconocido y refutado desde comienzos del siglo XIX.

Hay que mencionar asimismo el trabajo de Ingenieros sobre Le Dantec, conferencia leída en el Círculo médico argentino con motivo del fallecimiento del biólogo y posteriormente publicada en la *Revista de filosofía*. Trátase de una exposición y comentario de la obra de Le Dantec, hecho con fervorosa adhesión, apenas disimulada por una que otra objeción. La exposición es buena, completa, y escrita con la claridad propia de Ingenieros.

Sólo es de lamentar que no haya planteado allí el problema fundamental de la posibilidad de una biología deductiva, como ha pretendido hacerlo Le Dantec. Para este autor el mecanicismo biológico es una doctrina irrecusable; en ella encuadra todos los hechos de que se ocupa.

Dentro de la biología *científica* han aparecido autores, y no vitalistas, que emplean con mesura la hipótesis del mecanicismo, ateniéndose a la estricta descripción de los fenómenos y la formulación de sus leyes, y nada más. Esta prudente actitud es fácil de advertir en algunas de las obras de Loeb, por ejemplo, en su *Fisiología comparada del cerebro y del cerebelo*.

Le Dantec aplicó su temperamento matemático al estudio de la biología y ha construido un edificio de tipo escolástico. Claudio Bernard también acepta para la investigación biológica el criterio determinista, pero tan sólo por el valor heurístico de esa hipótesis. La ciencia biológica como toda otra disciplina que aspire a llevar con justicia tal nombre, no se conforma con describir los hechos de su dominio. Pretende explicarlos. Esa explicación, o es causal o es teleológica. El empleo de una u otra depende de sus resultados prácticos en la investigación. Si Ingenieros acepta que el conocimiento, que la función intelectual, tiene carácter pragmático, habría de demostrarnos o la mayor eficiencia de la doctrina de Le Dantec o bien su legitimidad intergiversable. Inútil le habría resultado lo primero creyendo como creía con plena convicción en lo segundo. En verdad, la doctrina biológica de Le Dantec está implícitamente incluida en los *Principios de psico-*

logía de nuestro autor. De todos modos el estudio sobre Kant es infinitamente inferior al que Ingenieros dedicó a Le Dantec, sin duda por la mayor afinidad intelectual con este último. Ello se advierte en la prolijidad con que lo expone y en la simpatía con que lo juzga.

Escrito en el mismo tono que el trabajo sobre Le Dantec, aunque mucho menos completo, es el dedicado a Ribot. Este trabajo, aparecido también en la *Revista de filosofía*, revela la gratitud de Ingenieros para el psicólogo francés. Recordemos que nuestro autor al afirmar que la imaginación, partiendo de la experiencia, se adelanta a ésta en el conocimiento de la realidad, se inspira en Ribot. Del *Essai sur l'imagination créatrice* saca conclusiones que a la vez que le permiten comprobar la formación genética de la imaginación en el desarrollo de las especies, de los individuos y de las sociedades, le autorizan a construir uno de los pilares de su teoría del conocimiento. Aunque no nos dice con claridad en qué consiste la *legitimidad lógica* de las hipótesis imaginadas.

La destacada posición de Ribot en la psicología contemporánea, lo coloca en el primer plano dentro de esa materia, cuyo primado comparte con Wundt, Spencer y James.

De esos cuatro autores, lo que ya vimos, y mucho más, debe Ingenieros a Ribot. De James ha tomado la concepción pragmática del conocimiento. A Spencer le reconoce el valor de su *filosofía sintética* y el mérito de sus principios de psicología. En *El lenguaje musical* Ingenieros repite más o menos la teoría de las emociones de Spencer. Wundt sólo es recordado por Ingenieros al pasar, en una rápida referencia a su psicología de los *pueblos*, tanto en los *principios* como en la *sociología*. Desprecia el *wundtismo* con sus métodos de laboratorio. Siendo justo reconocer que, entre las grandes figuras que pretendieron hacer de la psicología una ciencia positiva, Wundt es quien la ha llevado con su técnica de laboratorio al verdadero terreno. El fracaso del *wundtismo* no se debe ni a Wundt ni a sus discípulos, y sí a la índole del propósito que se habían impuesto. Las funciones ani-

micas, a pesar de las esperanzas de los psicólogos experimentales, escaparon de los laboratorios. También le reprocha Ingenieros a Wundt el que resulte difícil calificar su posición filosófica.

La filosofía del psicólogo germano no logró vencer el dualismo, y su misma clasificación en ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, contradice algunas ideas expuestas por el autor, y con las cuales Ingenieros concuerda.

Tuvimos ocasión de comprobar que en el porvenir anunciado por Ingenieros en sus *Proposiciones*, ese dualismo subsistirá con otras palabras, y en contradicción con lo que dice el mismo Ingenieros algunas páginas antes.

Es que no resulta fácil vencer al dualismo. Este se impone a la experiencia, y las tentativas de superarlo por abstracciones especulativas, no han logrado el éxito fácil que en el transcurso de la pasada centuria se esperaba obtener con renovado empeño. Los hombres que, partiendo del positivismo o del idealismo, intentaron dar de la realidad una explicación unitaria a costa de uno de sus aspectos, trataron en vano de sojuzgar al otro. Se ha explicado el universo partiendo del hombre, y del seno mismo de tal doctrina surgió la opuesta: la que pretende interpretar dogmáticamente el espíritu humano como un simple accidente del mundo físico. En torno a ese conflicto ha girado la filosofía del siglo XIX. Su aporte, rico en novedosas adquisiciones científicas y en experiencia histórica, trajo al debate eterno, hechos originales, pero sin variar sus términos perentorios. Data de antiguo esta partida de resultados alternativos en que los perdedores siempre tienen la legítima esperanza de un desquite.

Ingenieros desdeña la cultura filosófica del pasado que sólo es para él un género histórico. La *paleometafísica*, como él la llama, le inspira frases condenatorias. Pero, en realidad, las nuevas metafísicas sólo difieren de las pasadas en la mayor claridad con que plantean los problemas.

A ratos, sin embargo, sabe descubrir en pensadores remotos ideas que los modernos suponen muy suyas. No sería difícil, ciertamente, aunque Ingenieros no lo haga, probar que muchos ca-

pítulos de Darwin o de Spencer caben en dos versos de Lucrecio. En algunas páginas de uno de sus trabajos de historia de la filosofía, revela Ingenieros, aun no preocupado por la filosofía del porvenir, la necesaria comprensión para estimar sin prejuicios el valor de la obra ajena. Nos referimos a *La cultura filosófica en España*, publicado en 1916. Obra de conjunto, como su nombre lo indica, las 220 páginas del libro abarcan toda la producción filosófica española, desde su comienzo hasta la actualidad. Desprovista de originalidad, los capítulos anteriores al que versa sobre la renovación de la cultura filosófica española en el siglo XIX, constituyen un buen sumario del pensamiento hispano en la edad media y en los tiempos modernos. En ellos sintetiza Ingenieros la obra de diversos historiadores, con frecuente empleo del diccionario filosófico de Franck.

Trata en ese libro, en primer término, de la filosofía española medieval, estableciendo sus fuentes teológico-escolásticas. Después de referirse a la cultura romano-visigoda, estudia la de los árabes y la de los judíos en España. Dos autores le merecen una atención un poco extensa: Averroes y Maimónides, representante cada uno de ellos del aristotelismo árabe y del aristotelismo judío. Maimónides, sobre todo, le inspira simpatía por su «magnífica psicología» porque el autor de la *Guía de los descarriados* «tiene un concepto que hoy diríamos biológico y funcional, no obstante su intelectualismo racionalista» (1). Después de estudiar dichas dos culturas semitas, ocúpase de la cataluño-aragonesa y de la castellana. Menciona sus autores más significativos: Raimundo Lulio y los escritores castellanos, cuya producción esencialmente literaria carece de interés filosófico.

Al final del capítulo, Ingenieros hace la «sinopsis» de la edad media española y de las tres *teologías religiosas* (sic) que florecen en ella.

Es de lamentar que el autor de la *Cultura filosófica en España* no logre dar al lector una impresión viviente de la filosofía medieval. Bueno el libro como crónica, no se percibe en sus páginas

(1) JOSÉ INGENIEROS, *La cultura filosófica en España*, página 51.

ni el esfuerzo intelectual de los pensadores ni su filiación precisa, indicada a menudo hasta en términos contradictorios. Los autores, más que explicados o expuestos, son calificados por su procedencia ideológica, con una erudición adquirida de segunda mano, como casi lo confiesa el autor.

Aun los filósofos que más atención y respeto le merecen, son mencionados y comentados a través de otros expositores. Este primer capítulo es, sin embargo, mejor que el siguiente, sobre *La cultura filosófica en la España teocrática*, cuyo tema, menos interesante y menos tentador, lo lleva a atinadas y conmovedoras consideraciones de carácter político y social. A medida que se avanza en la lectura del libro, la información utilizada en él disminuye. Al llegar al tercer capítulo, el que versa sobre la España contemporánea, Ingenieros debe ofrecernos, en una esquematización propia, las corrientes del pensamiento español, cuya definitiva y próspera liberación del dogmatismo ancestral espera. Después de referirse al medio político-social en la España del siglo XIX, estudia las corrientes tradicionales. A continuación trata del krausopositivismo español. No es dable aprender en Ingenieros en qué consiste el krausismo. Más que la doctrina del jefe de la escuela y de sus discípulos, ocúpase Ingenieros de su repercusión política, moral y pedagógica.

Dígase lo mismo del positivismo en España. Los dos capítulos siguientes versan sobre *Los estudios filosóficos en Cataluña* y sobre *La regeneración por el trabajo y la ciencia*. Hay en ellos una gran acumulación de nombres, distribuidos como en un catálogo desordenado. Eugenio D'Ors aparece calificado de biólogo-pragmatista. Ingenieros elogia su obra literaria, y sólo alude a la filosófica. Esta última, en verdad, por lo que tiene de sólido no es más que un comentario ingenioso a un par de capítulos de Meyerson. Ortega y Gasset, el hombre más importante en la actual cultura filosófica española, le merece tan sólo la calificación de profesor distinguidísimo. Y la figura torturada de don Miguel de Unamuno le inspira veinte líneas de elogios que no descifran la personalidad del autor de *El sentimiento trágico de la vida*. La

profusión de los nombres citados en tan pocas páginas, impiden tener toda otra impresión que la del resurgimiento cultural español. La precipitación con que está escrito el último capítulo hace decir a Ingenieros que el neokantismo de Maburgo es el equivalente alemán de la filosofía de Bergson (1).

Dejando de lado las lagunas que hemos señalado, y otras que un análisis minucioso podría probar, *La cultura filosófica en España*, es un buen manual, cuyo capítulos son tanto más meritorios cuanto mayor es la erudición ajena que en ellos se utiliza. Su valor está determinado por el orden mismo que ocupan en la obra.

Los libros que hemos comentado hasta ahora son los más importantes de carácter filosófico que Ingenieros ha escrito. No agotan, sin embargo, la totalidad de su producción en la materia. Recuérdese su *Sociología argentina*. Comprende, en sus últimas ediciones, además del estudio sobre la evolución sociológica argentina, una serie de ensayos críticos sobre trabajos históricos y sociales. Dos conceptos fundamentales guían el pensamiento de Ingenieros: 1° la sociología es una ciencia natural, como la botánica o la zoología, que tiene a su cargo la investigación de los hechos y leyes relativos a la vida y desarrollo de la especie humana; 2° el factor determinante de los fenómenos de la convivencia es la economía social, condicionada, a su vez, por leyes biológicas. Es en lo esencial la tesis del socialismo marxista. Análogas son las ideas del doctor Justo, expuestas en *Teoría y práctica de la historia* y en sus escritos sobre hechos de la historia argentina en los que aplica el criterio sustentado en dicha obra. También para el doctor Justo tiene la historia base biológica. El segundo capítulo del libro del *leader* socialista comienza con estas frases: « Desde que el hombre es bastante inteligente para considerarse un animal, tiene que ver en la biología la base de su historia ».

« Las actividades inconscientes son el prólogo de toda actividad

(1) Véase INGENIEROS, *La cultura filosófica en España*, página 243.

voluntaria y consciente. Las leyes de la vida son las leyes más generales de la historia » (1).

Ingenieros, a su vez, comienza el suyo con estas palabras : « La sociología es una ciencia natural que estudia la evolución general de la especie humana y la evolución particular de los grupos que la componen. Sus « sociedades » deben estudiarse con el mismo criterio que los naturalistas aplican a las « sociedades » de otras especies animales ».

Ingenieros, en el prólogo de la edición de 1910, da a entender que su originalidad reside en haber asimilado la sociología económica a la sociología biológica, « generalmente consideradas como sistemas antitéticos ». Podría señalarse numerosas obras, las de Kaustky, por ejemplo, en las que este criterio está establecido, sin que sus autores incurran en la menor jactancia.

Dejando de lado la copiosa producción extranjera, si se compara la sociología de Ingenieros con los escritos de Justo, salta a la vista la superioridad de este último. El doctor Justo agrega a las generalidades biológicas una información precisa y abundante material estadístico. Escribe con brillo y con precisión, y siempre tiene a mano los hechos concretos que le sirven para fundamentar su doctrina.

El doctor Justo aprendió posiblemente a escribir traduciendo a Marx. Tiene la energía y la concisión del fundador del socialismo científico. Utiliza el número y el diagrama como sus dos grandes instrumentos de trabajo. Huye de la especulación, por lo menos en apariencia, y la disquisición filosófica, por superflua, le inspira frases mordientes. Marxista ortodoxo, la obra de Justo es recia por su pensamiento y por su estilo. Ingenieros, a su vez, diluye dos o tres nociones sencillas en la información erudita que le suministran criminólogos, psiquiatras, psicólogos, etc. Su único mérito, pero al margen ya de todo valor científico y filosófico, reside en el propósito progresista que le inspira. Colocado dentro de la tradición de nuestros escritores liberales, como Alberdi, Mitre,

(1) JUAN B. JUSTO, *Teoría y práctica de la historia*, página 9.

Sarmiento, el aporte nuevo de Ingenieros habría consistido en señalar el fondo doctrinario y las modalidades del movimiento obrero del país. Esto no asoma en su obra hecha de generalidades sin originalidad ninguna. Hay que reconocer, sin embargo, que por influencia de Ingenieros, cierta parte de la juventud universitaria fué puesta en contacto con ideas que hallaron en él su conducto más asequible.

Eso sí, y es de justicia el establecerlo, la filosofía política de Ingenieros nunca tuvo precisión. Fluctuante es su interpretación de nuestra historia, que en la sociología es económico-biológica, y en la *Evolución de las ideas argentinas* es ya diversa.

En esta última obra todos los hechos de la vida argentina son explicados por el perpetuo conflicto entre conservadores y progresistas. Su mismo título revela que el primitivo materialismo histórico del autor se ha transmutado en una concepción que en sus líneas cardinales lo contradice. Tan vaga como su interpretación de nuestra historia es su definición del maximalismo dada en una conferencia famosa en el teatro Nuevo. Una sola actitud mantiene invariable Ingenieros en materia político-social: su anticlericalismo. Parece escribir siempre bajo la obsesión de la partida que el presupuesto nacional acuerda para el mantenimiento de la Iglesia católica, preocupación minúscula para el hombre que alguna vez militó en un partido de vasto programa de renovación social. Ese anticlericalismo es tan insignificante como la Unión latinoamericana que Ingenieros fundó, después de haber pertenecido a la agrupación política de repercusión más universal. Hemos hecho este paréntesis acerca de la *política* de Ingenieros porque ha sido un factor que ha contribuido, en cierta medida, a la desorientación de la juventud. Al fundar la Unión latinoamericana, ha concluido por crear una plataforma para la gesticulación *revolucionaria* de quienes, dispuestos a proteger la independencia de Guatemala o Nicaragua, descuidan la realidad política argentina, cubriendo con retórica hueca la falta de un pensamiento bien determinado sobre los problemas efectivos del país. Y si hemos aludido con relativa extensión al doctor Justo, fué para subrayar lo que pueden, en el

terreno político, el pensamiento y la acción orientados dentro de una línea inalterada. No se requiere solidaridad política con él para apreciar lo que significa su acción. Ingenieros con la suya, socializante, no deja más que una *actitud*. El doctor Justo ha hecho obra.

Además de la sociología hay que mencionar la *Criminología*; su autor tiene en la materia, según los entendidos, el mérito de haber despertado en el país interés por esos estudios. No nos ocupamos de esta obra porque no entra en los límites estrictos de este trabajo, como tampoco las dos *simulaciones* de Ingenieros, la de lucha por la vida y la de la locura.

Volviendo a los escritos a que se refiere el presente trabajo, hay que mencionar *Hacia una moral sin dogmas*. Se trata de un ciclo de conferencias que Ingenieros dictó en la Facultad de filosofía y letras sobre Emerson y el eticismo. Trabajo de crónica más que de doctrina, en él se estudia el movimiento de aquellas iglesias en Norte América, que al margen de sus dogmas y de sus ritos coinciden en un ideal de moralidad. En *Hacia una moral sin dogmas* Ingenieros no aborda el problema ético, al que nunca afrontó salvo las lucubraciones inocuas sobre *el idealismo fundado en la experiencia*.

CONCLUSIÓN

En las páginas que preceden, hemos comentado los escritos filosóficos más importantes que publicó Ingenieros. Acaso hayamos omitido algún trabajo que, en todo caso, no afecta la unidad de su pensamiento ni la uniformidad de su tono personal. Ingenieros ha escrito todas sus publicaciones de acuerdo con un esquema invariable, común a todos los que son expositores de doctrinas ajenas más que creadores de ideas propias.

Todos sus ensayos están hechos de acuerdo a un mismo plan, conforme siempre al propósito didáctico del autor; todos están escritos con una claridad poco frecuente y con una fluidez que hace interesante y agradable su lectura. Quizás pueda decirse, en térmi-

nos generales, que Ingenieros escribía como un profesor de filosofía, convencido del acierto de su método y despreocupado del afán de hallar la perfecta adecuación de la forma al tema, adecuación que constituye el estilo.

Todos sus trabajos poseen, a pesar de ello, un notorio acento individual, caracterizado por el afán de hacerse accesible, y con harta frecuencia por el propósito polémico que lo movía.

De todos los trabajos filosóficos que hemos analizado, el que constituye el núcleo de todo lo que ha escrito, es, sin duda, la *Psicología*. Los defectos que hemos señalado con toda franqueza, no nos impiden reconocerle con justicia el mérito de haber sido el más brillante exponente de la orientación intelectual que predominaba en las universidades del país, en un momento determinado. El doctor Ingenieros es, en su *Psicología*, el más alto intérprete, entre nosotros, del pensamiento filosófico, que aspiraba hallar en las ciencias la solución para todos los problemas que preocupan al espíritu humano.

Al hablar de sus *Principios de psicología*, dijimos que Ingenieros tuvo en Haeckel su maestro. Hay que reconocer, sin embargo, que Ingenieros agrega a la información de origen germánico, predominante en *Los enigmas del universo*, una copiosa ilustración de fuente francesa y, sobre todo, italiana.

Si se puede adjudicar sin violencia ese reconocimiento al autor de *Los principios*, no ocurre lo mismo con el historiador de la filosofía que Ingenieros quiso ser. Ya vimos que era un simple bosquejo su estudio sobre la cultura filosófica en España, y vimos también cuán arbitrario es su trabajo sobre Boutroux.

Si es meritorio el expositor de las ideas filosóficas que eran afines a su espíritu y si es arbitrario el historiador de la filosofía, el vidente de la metafísica futura, por la índole misma de la tarea que se impuso, hubo de resultar incongruente, y así, en más de un caso, se vió obligado a anunciar para el porvenir lo que ya había ocurrido en el pasado o lo que él mismo ya había dicho.

La influencia de Ingenieros se manifestó en su oportunidad, en el ambiente culto del país y si no son muchas las obras de

valor permanente que ha dejado, ello se debe a la vastedad de la tarea que se impuso. No le fué humanamente, posible en su vida no larga, llevar a feliz término, con la serenidad imprescindible y con la erudición necesaria, las múltiples iniciativas intelectuales que impuso a su perseverancia laboriosa. Justo es reconocer que en todos sus trabajos hay un fondo de simpatía humana, de anhelo justiciero de renovación. Ingenieros quiso, a un tiempo mismo, ser historiador como Mitre, educador como Sarmiento e intérprete de nuestra evolución social como Alberdi.

Influido, sin duda, por José María Ramos Mejía, aspiró a sintetizar en su obra y dentro de las nuevas condiciones de vida del país, las preocupaciones de los tres escritores arriba mencionados; a pesar de eso no tuvo, ni remotamente, un influjo similar al que aquellos ejercieron en la cultura nacional.

La cultura argentina, que fundó, ha permitido la difusión fácil de muchos ejemplares de libros argentinos. Con esta fundación ha probado su amor al país. *La Revista de filosofía*, otra de sus creaciones, ha servido de tribuna a una serie de escritores, realizando una obra útil. Queda ella en buenas manos: Aníbal Ponce, amigo y discípulo de Ingenieros, sabrá continuar la obra del maestro.

LEÓN DUJOVNE.